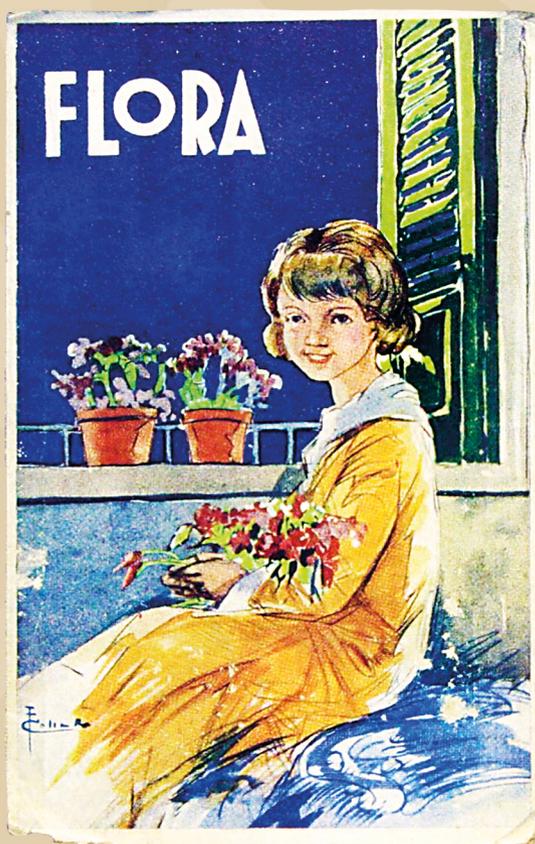


Elida Lucila Campos Alba y Agustín Escolano Benito

FLORA O LA EDUCACIÓN DE UNA NIÑA EN MÉXICO Y ESPAÑA



LAS MAESTRAS
DE MÉXICO



FLORA O LA EDUCACIÓN DE UNA NIÑA EN MÉXICO Y ESPAÑA

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

Elida Lucila Campos Alba y Agustín Escolano Benito

FLORA O LA **EDUCACIÓN** DE UNA **NIÑA** EN **MÉXICO** Y **ESPAÑA**

MÉXICO 2022

Portada: Cubierta del libro *Flora*, de Pilar Pascual de Sanjuán,
Barcelona, España, editado a principios del siglo XX.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México,
órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la
reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin
la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-319-0

HECHO EN MÉXICO

*Agradecemos a la Asociación Schola Nostra
y a la Profesora Purificación Lahoz
que nos apoyó en la fotografía.*

| | |
|---|-----|
| PRESENTACIÓN..... | 9 |
| LA EDUCACIÓN DE UNA NIÑA EN MÉXICO..... | 15 |
| Las flores del jardín: virtudes y defectos en la mujer..... | 19 |
| La excelsa maternidad..... | 33 |
| Heroínas y mujeres ejemplares..... | 41 |
| Las labores femeninas: amas de casa y trabajadoras..... | 57 |
| ¿Indicios de un posible cambio?..... | 69 |
| LA EDUCACIÓN DE UNA NIÑA EN ESPAÑA..... | 73 |
| La preciosa mitad del género humano..... | 75 |
| Libros con nombre de mujer..... | 81 |
| Egregias y ejemplares mujeres..... | 87 |
| Educación y condición social de la mujer..... | 91 |
| La entrada en la “isla del alfabeto”..... | 97 |
| Escrituras de mujer..... | 103 |
| Aritmética del hogar y economía doméstica..... | 109 |
| Urbanidad y buenas maneras..... | 113 |
| Las labores propias del sexo..... | 119 |
| Maestras con oficio y con título..... | 123 |

| | |
|--|------------|
| Higiene para el cuerpo, piedad para el alma..... | 127 |
| Recato y pudor..... | 133 |
| ¿Novadoras?..... | 139 |
| Del marco del hogar a rosa de los vientos..... | 145 |
| El retorno de la Diosa Blanca..... | 149 |
| A MANERA DE CIERRE | 153 |
| FUENTES CONSULTADAS | 157 |



PRESENTACIÓN



El presente ensayo, construido a dos voces con fondos del Centro Internacional de la Cultura Escolar (Ceince) radicado en Berlanga de Duero, España, tiene por objeto reconstruir históricamente el modelo de educación de la mujer en la sociedad tradicional mediante fuentes etnográficas que cubren un siglo de historia, el que transcurre entre el ecuador del siglo XIX y la primera mitad del XX.

La imagen de la formación de la mujer en México ofrece rasgos compatibles con los de España, toda vez que los patrones y procesos culturales que están en la base de las dos sociedades y de sus modelos pedagógicos son, en el tiempo histórico que cubren, en buena medida comunes, pese a las diferencias de contexto. Por otro lado, no ha de olvidarse que varios manuales escolares españoles circularon en México, ya fuera como textos importados o como adaptaciones de los libros originarios a las expectativas del país receptor. Estas son las razones que justifican la edición en México de este ensayo gestado en España, pero con proyección en los análisis históricos relativos a un país con el que compartimos muchas tradiciones en materia de educación.

Contextualiza el contenido de este texto, en lo que se refiere a España, lo referente al despegue del sistema nacional de educación, en la década de los años treinta del siglo XIX, y llega hasta el umbral de los tiempos que marcan el cambio hacia lo que hoy se entiende por inclusividad en el marco de unas nuevas relaciones de género. En este ciclo secular, de larga duración, se formaron muchas de las abuelas, madres, hermanas, compañeras y mujeres que están aún vivas. Y también los varones, claro. El tiempo presente, a partir de la segunda mitad del siglo XX, será objeto de un nuevo estudio que enlazará con las tendencias modernas emergentes al final del periodo que aquí se examina.

Conocer la génesis y conformación de los modelos pedagógicos tradicionales es una forma de contribuir a la educación histórica y crítica de la ciudadanía de ambos sexos. Mirar por el retrovisor al mundo que vamos dejando atrás es siempre un ejercicio saludable que nos ayuda a

comprender e interpretar la actualidad. En esta mirada retrospectiva y crítica se sustenta justamente la comprensión intergeneracional, la solidaridad entre hombres y mujeres y la apertura hacia el conocimiento de los nuevos modos de educación que se vienen abriendo paso en las últimas décadas, no sin dificultades y resistencias, y que afectan profundamente a las actuales relaciones de género, una de las claves esenciales del mundo de la vida en que transcurre nuestra existencia.

Para dar forma y estructura al texto, hemos jugado con varios tipos de fuentes, de cuyo cruzado se puede extraer el modelo pedagógico que informó la vida de las familias y de las escuelas para niñas desde que éstas empezaron a adquirir un estatuto público. Con anterioridad, la instrucción de la mujer estuvo reservada por lo general a las hijas de las clases acomodadas y se instrumentó por medio de preceptores o institutrices en el ámbito doméstico, o a través de los internados creados *ad hoc*, pertenecientes por lo común a congregaciones religiosas. Las niñas de extracción popular empezaron entonces a asistir a las escuelas municipales, no con asiduidad estable, o a instituciones filantrópicas que sostenían los organismos encargados de la beneficencia.

El modelo de formación no era el mismo para todas las niñas. Derivaba muy estrechamente de las características sociales del grupo familiar de procedencia. En el epígrafe dedicado a examinar las relaciones entre la educación y la condición social se ofrecen algunas imágenes y comentarios que aluden a esta diferenciación. Pero, pese a este condicionamiento estamental o clasista, la educación de la mujer en este siglo largo estuvo conformada a un sistema de valores y a un código curricular que manifiesta rasgos de coherencia interna y que define un modelo de diferenciación por sexo, que abocó a las niñas al dominio de lo doméstico. Ello llevó a su exclusión de otras expectativas, que sin embargo sí eran ofrecidas a los niños. En este diferencial están las raíces de la desigualdad.

A la niña de la época se le adornaba, desde metáforas botánicas, con un “pensil” o “florilegio” de plantas delicadas, coloristas y perfumadas, los ornatos que mejor se acompañaban a su condición de “perla” o “ángel” del hogar. Mientras tanto, al varón se le asignaba un carácter “viril”, procreador de la especie, y una “rosa de los vientos”, que le permitiría elegir el mejor camino hacia estudios o profesiones más en consonancia con su superior estatuto antropológico. La higiene y la economía determinaban el gobierno de la casa, en el que la mujer también se aplicaría



a las “labores” que aprendió en la escuela. Y cuando salga a la calle, la mujer acomodará su conducta a las reglas de cortesía, recato y pudor que se espera encarne con sumisión.

La estructura del ensayo reserva un punto temático, con el rótulo de ¿novadoras?, a las innovaciones que emergieron en las décadas de la edad de plata de la pedagogía y de los inicios de la modernización social. Pretenden ofrecer estos cambios emergentes un contrapunto provocador que exprese las contradicciones entre las prácticas de vanguardia del primer feminismo, o pseudofeminismo, y los anclajes de los que no lograban escapar las prácticas dominantes en la educación tradicional de la mujer. Estas iniciativas eran, empero, la primera señal de que algo empezaba a cambiar.

Agradecemos al Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México la oportunidad que nos brinda de publicar este breve texto, hecho que afianzará las relaciones culturales y pedagógicas que España y México mantienen.

México, 31 de octubre de 2020.

Elida Lucila Campos Alba y Agustín Escolano Benito



LA EDUCACIÓN
DE UNA NIÑA EN MÉXICO

Elida Lucila Campos Alba



La niña y la mujer en los libros de texto escolares mexicanos 1900-1960

La presencia de las niñas y las mujeres en los libros de texto está fuertemente marcada por una desigualdad histórica, traducida en una infrarrepresentación femenina frente al género masculino. La ausencia de mujeres relevantes en los contenidos educativos, la supeditación de la aparición femenina a relaciones con los hombres o la escasez de temas conectados a intereses y experiencias de las mujeres, son algunos ejemplos que evidencian la continua invisibilización a la que el género femenino ha sido sometido a través de los años. De igual forma, y a raíz de lo anterior, es importante mencionar la existencia de libros de texto específicos para niñas y mujeres con el objetivo de instruir las en “temas femeniles”, así como la posición que ocupan ellas en las imágenes e ilustraciones que acompañan los discursos, pues dicha iconografía bibliográfica testifica de manera inequívoca el rol social asignado a cada género.

En este documento analizo las maneras en que se presenta y representa al género femenino en algunos libros de texto de lengua y literatura, historia, economía doméstica y urbanidad y moral, que se encuentran en el fondo México del Centro Internacional de la Cultura Escolar (Ceince) en Soria, España; el periodo de tiempo examinado contempla desde inicios del siglo XX y hasta unos años después de la aparición de los libros de texto gratuitos en 1960.

Las flores del jardín: virtudes y defectos en la mujer

Los 13 libros de lectura consultados abarcan los años de 1919 a 1960 y principalmente se trata de antologías de fragmentos de obras literarias clásicas —*Lecturas clásicas y modernas*, *Lecturas selectas*, *Rosas de la Infancia*, etc.— o bien de pequeñas novelas que cuentan la historia cotidiana de un niño a lo largo de su infancia o de un ciclo escolar: *Cielo, tierra y mar*, *Cartas de niños*, *Frascuero*, etc. Diez de éstos son para escuelas primarias y dos para secundaria. De todos ellos, sólo tres fueron escritos por mujeres que se desempeñaron como maestras de escuela y Normal, pero también como escritoras con cierto reconocimiento: María Enriqueta Camarillo y Roa de Pereyra,¹ María Luisa Ross²

¹ Poetisa, narradora, ensayista, traductora y pedagoga mexicana, nacida en Coatepec, Veracruz, en 1872, y fallecida en la ciudad de México en 1968. No recibió otra formación académica que los estudios que se consideraban imprescindibles para dotar de cierto barniz cultural a quien estaba destinada primordialmente al matrimonio: piano, pintura, algo de literatura y nociones elementales de lengua francesa. Contrajo matrimonio con el historiador e hispanista Carlos Pereyra, tomó el apellido de éste para, añadido al suyo, firmar la mayor parte de sus obras con el nombre de María Enriqueta Camarillo de Pereyra. Al ingresar su esposo a la diplomacia internacional vivió en distintos países de América y Europa; en Washington, se dedicó a redactar los cinco volúmenes que conformaron su famosísimo libro *Rosas de infancia* (París/México, 1914), un texto destinado a introducir al público infantil en el mundo de la lectura. Durante varias décadas, muchas generaciones de compatriotas de Camarillo aprendieron a leer con esta popularísima obra, que llegó a ser declarada lectura obligatoria en los programas oficiales educativos de determinados gobiernos mexicanos de la primera mitad del siglo XX.

FERNÁNDEZ de Cano, J. R., "Camarillo y Roa, María Enriqueta (1872-1968)", La web de las biografías, s/f, disponible en <<http://www.mcnbiografias.es/app-bio/do/show?key=camarillo-y-roa-maria-enriqueta>> (Consultado 17/09/2020).

² Maestra, periodista y escritora nacida en Pachuca, Hidalgo, en 1887. El título se inició en el periodismo colaborando asiduamente en *El Mundo Ilustrado*, *Revista de Revistas*, *El Imparcial*, *El Universal* y *El Universal Ilustrado*, publicación que dirigió durante ocho meses. Obtuvo título de maestra en la Escuela Normal, y cursó la carrera de Letras en la Escuela de Altos Estudios, hoy Facultad de Filosofía y Le-

y Ana María Romero David.³ Comenzaré por mencionar que la belleza y la juventud son cualidades atribuidas reiteradamente a la mujer en distintas lecturas contenidas en estos libros escolares, como lo ejemplifican las odas homéricas:

Yo te imploro ¿oh, reina! O ¿cómo llamarte?, ¿eres mortal o diosa? (...) ¡Cuánta debe ser su alegría en las fiestas solemnes cuando, adornada de la flor de la juventud y de la belleza, te vean marcar los primeros pasos a la cabeza de las danzas! (...) Nunca entre los mortales vieron mis ojos tan parecida maravilla (...) ¡oh mujer admirable! tu aspecto me llena de sorpresa y de encanto y no me atrevo a abrazar tus rodillas, aunque soy un suplicante y estoy a punto de sucumbir bajo el peso de infortunio.⁴

Pasando también por significativos poemas de la Edad Media como *La Divina Comedia*:

Salve, todos decían, tú que vienes los lirios a esparcir a manos llenas: flores llovían doquier a sus sienes. Del alba al despuntar he visto plenas de rosas las regiones de oriente, y las demás resplandecer serenas. (...) Así a través de las tupidas flores, de las angelicales manos esparcidas, en nube de su carro en los redores.⁵

tras. Llegó a dominar varias lenguas: francés, inglés, italiano y portugués, y tradujo importantes obras al español. Se desempeñó en la Escuela Normal en las cátedras de Literatura Mexicana, Literatura Española y Literatura General e Historia de la Educación. Presidió la Sociedad de Autores Didácticos Mexicanos y fue miembro de la Comisión Permanente del Congreso Nacional de Educadores. Escribió varios libros, algunos de los cuales sirvieron de texto en la educación mexicana: el libro *Cuentos Sentimentales* fue premiado con medalla de oro en una exposición celebrada en Sevilla, España, *El Mundo de los Niños*, *Historia de una Mujer*, *Memorias de una Niña*, *Lecturas selectas*, *Rosas de Amor* (poema escénico, 1917), *Así conquista España* (México, 1923) que muchos han considerado su obra cumbre, y *Lecturas instructivas y recreativas*. Falleció el 12 de junio de 1945 en la ciudad de México.

S/A, "Biografías de hidalguenses" s/f, disponible en <<http://www.tulancingo.com.mx/biografias/ross/maria.htm>> (Consultado 17/09/2020).

³ Profesora de la Escuela Normal de México y poeta, entre sus libros se encuentran *Ortos*, *Heliotropos* y *Voces del alma*. No se pudieron encontrar más datos biográficos de esta autora.

⁴ Atenógenes Pérez, *Lecturas clásicas y modernas. Enseñanza secundaria 1° y 2° años*, p. 7.

⁵ *Ibid.*, p. 31.





Lecturas selectas de María Luisa Ross, editado en 1919, es de los pocos libros de texto que muestran en su portada una imagen femenina, misma que representa la belleza y sabiduría retomando la representación de las diosas o musas griegas.

El ideal de belleza referido en las lecturas no abarcaba solamente el aspecto físico o corporal, sino que debía contemplar la perfecta unión con la belleza moral y espiritual, ya que la vanidad, la presunción y la sexualización en una mujer eran justamente defectos por combatir.

Flexible el talle grácil como un mimbre;
Ligero el pie cual si llevara un ala...
Y es tan sutil, y tan sedeo el timbre



De su voz, que parece que se exhala
Así la encontrareis: siempre nerviosa,
Ligera como una onda que se riza...
Lo mismo que una frágil mariposa
Que va dejando sobre rosa y rosa
El polen ideal de su sonrisa.
Y va sobre la vida, sin alarde,
Prodigando bondad con sus halagos,
Mientras sus ojos negros son dos lagos
Donde se queda el alma de la tarde.⁶



En este grabado del libro *Lecturas clásicas y modernas* de 1940 se muestra la belleza, inocencia y amor hacia la naturaleza que toda buena niña y joven debían poseer y cultivar conforme los cánones socialmente aceptados en la época.

La metáfora recurrente para describir a la mujer, sobre todo en la etapa infantil y juvenil, era la de las flores: rosas, lilas, azucenas, lirios, etc., muchas veces en las voces masculinas de los poetas para expresar su admiración, o como forma de galantería que aludía tanto a su belleza como a su fragilidad y efimeridad.

⁶ Sotelo en Atenógenes Pérez, *Lecturas clásicas y modernas. Enseñanza secundaria 1º y 2º años*, p. 150.



Era un jardín sonriente;
Era una tranquila fuente
de cristal;
era a su borde, asomada,
una rosa inmaculada
de un rosal.
Era un viejo jardinero
Que cuidaba, con esmero,
Del vergel;
Y era la rosa un tesoro
De más quilates que el oro para él.⁷



Niña que representa La Primavera en el libro *El niño mexicano* de 1906.

⁷ Álvarez Quintero en María Luisa Ross, *Lecturas selectas*, p. 252.



Las mujeres escritoras también utilizaban en sus textos dicha comparativa floral, por lo que podríamos especular que era un recurso retórico realmente fuerte, una metáfora aceptada y hasta quizás halagadora para las mujeres de la primera mitad del siglo XX.⁸

Mientras la niña
borda el pañuelo,
desde las ramas
del árbol seco
que con tristeza
se mece al viento,
dos pajarillos
ven en silencio
de la doncella
los rizos negros,
la falda blanca,
el albo cuello,
las manos suaves,
los finos dedos
que van y vienen
sobre el pañuelo...
Sus dulces labios
¿serán tan bellos
como las flores
color de fuego
de los granados
y los mastuerzos,
que tras la tapia
o entre los setos
brillan y fingen
soles pequeños?⁹

⁸ Cabría preguntarse si hasta hoy en día prevalece esta metáfora mujer-flor en la literatura, música popular y folclórica y el impacto y apropiación que las mujeres tenemos de ello.

⁹ Camarillo en María Enriqueta, *Rosas de la infancia. Lecturas para niños. Libro tercero*, p. 111.



Adicionalmente, cada flor en sí misma conllevaba un significado simbólico; así, por ejemplo, las rosas por su hermosura y fragancia simbolizaban el amor o el placer, pero también el dolor que podían provocar debido a sus espinas. Por su parte, los lirios —en particular los blancos— representaban la pureza, la inocencia, la nobleza y la perdurabilidad en el tiempo, cualidades que a su vez conformaban el ideal femenino, claramente asociado a la Virgen María en el cristianismo.

Las lecturas promovían en las niñas ese ideal femenino de belleza y virtuosidad espiritual que las hiciera dignas de ser consideradas las flores del jardín:



Niña del rostro tan bello
Que vistes cándidos tules
Y tienes blando el cabello
y los ojitos azules.
Para que nunca se pierda
La dicha que está gozando,
sigue saltando la cuerda,
sigue saltando, saltando.¹⁰

¹⁰ Miguel López, *Juventud. Lecturas escogidas para alumnos de primarias superiores y especiales*, p. 59.



Al adoptar dichas virtudes, se creía que con ello lograrían no sólo ser buenas cristianas, sino también aumentar las posibilidades de encontrar un buen marido o, en casos extremos, dedicarse a la vida religiosa. Como el caso de María Tomelín cuya historia se narra en el texto *Sor María de Jesús. El lirio de Puebla*, quien defiende su virginidad aun contradiciendo a su padre que desea desposarla con un noble, pues ella desde niña al estudiar las sagradas escrituras y el catecismo católico decidió mantenerse casta y pura para dedicarse a la vida religiosa en la orden concepcionista e incluso realizar algunos milagros.



No sólo en los libros de texto escolar aparecía la metáfora de la niña-mujer como flor, sino también en revistas populares de bajo costo, como *Vidas ejemplares* de Editorial Novaro.



Asimismo, el enamoramiento y los amores imposibles son referidos en las lecturas como parte inherente a la condición femenina, generalmente mujeres que esperan toda la vida a un amor inalcanzable o prohibido o bien, a un esposo o novio que ha marchado a la guerra o a un viaje.



Desde la ventana
de un casucho viejo
abierta en verano cerrada en invierno
por vidrios verdosos y plomos espesos,
una salmantina
de rubio cabello
y ojos que parecen
pedazo de cielo,
mientras la costura
mezcla con el rezo,
ve todas las tardes
pasar el silencio
los seminaristas que van de paseo.
(...) Corrieron los años,
pasó mucho tiempo... (...)
¡Sola, vieja y triste,
aún guarda el recuerdo
del seminarista
de los ojos negros!¹¹

El mito griego de Penélope —esposa del héroe Odiseo— es presentado a las alumnas como el modelo de la mujer que calla y espera, símbolo de la fidelidad y la abnegación, el hacer y deshacer su tapiz representa ese círculo vicioso de la resistencia que la cultura occidental estableció como ideal para una esposa, incluso, como en el caso del anterior fragmento de poema, sin que en realidad exista un vínculo real o legal entre la pareja. Pero a la vez, la ambigüedad de lo femenino, poco confiable y, por lo tanto, peligroso.

Otras dos virtudes que aparecen reiteradamente en los libros de texto de lectura asociadas a la figura femenina son el servicio y la caridad. Por ejemplo, en la lección 54 de *Cielo, mar y tierra*, para sexto año, aparece la narración que hace la niña Gela al recordar a una de sus compañeras de clase, Chelito, de la cual dice: “¡Es la chiquilla más servicial que he conocido! Siempre que alguna niña no lleva lápiz, Chelo parte el suyo

¹¹ Ramos en Atenógenes Pérez, *Lecturas clásicas y modernas. Enseñanza secundaria 1° y 2° años*, p. 211.



y ofrece el trozo que se encuentra en mejores condiciones”.¹² Y continúa contando una anécdota en la que Chelo, a pesar de ser muy pobre, gasta sus ahorros en medicamento para salvar la vida de la madre de otra niña, renunciando completamente a su deseo de poseer un libro de cuentos.

—Mira, Gela —me decía en una ocasión—, no creas que yo sirvo a las personas esperando una recompensa. Realizo esas obras en favor de gentes que ni conozco, precisamente para que no se vean comprometidas a devolver o agradecerme el auxilio. Sin embargo, no te imaginas con cuánto asombro he comprobado que ninguno de mis humildes servicios queda sin pago.¹³

En otra lectura, esta para tercer grado, la caridad se asocia nuevamente a la belleza. En esta narración conocemos la historia de tres doncellas que camino a la feria donde habrá un premio a las manos más bellas, una las perfuma en los campos de nardos, otra las lava en la fuente más cristalina, pero la tercera:

Sacó la casta niña de su escarcela, una moneda y dióla al mendigo, quien, recibéndola, besó la mano bienhechora, dejando caer una lágrima. Aquella lágrima se cuajó en perla, la perla se desparramó en iris, y el iris esmaltó de luces la mano de la hermosa niña. Ved lo que vale la caridad.¹⁴

Aunque en general todas las lecturas de estos libros estaban dirigidas a ambos sexos y tendían a promover valores éticos, morales y ciudadanos, es notable que cuando se quería hacer notar el antivalor o defecto se utilizaba como protagonista a una niña o mujer.

Para muestra, el caso de *Juanilla La Mentirosa* o *Judith La Envidiosa*.¹⁵ Juanilla, a pesar de ser la alumna más inteligente del colegio y contar con una gran imaginación, tenía “un defecto: el de mentir. Juanilla era una mentirosa, y la mentira le venía a los labios con harta frecuencia y a propósito de

¹² Valentín Zamora, *Cielo, tierra y mar. Libro de lectura para 6o. año*, p. 163.

¹³ *Ibid.*, p. 165.

¹⁴ María Enriqueta, *Rosas de la infancia. Lecturas para niños. Libro tercero*, p. 183.

¹⁵ Ana María Romero, *SUBE. Libro 2° de lectura*, p. 208.



todo. Su maestra y sus padres la reprendían continuamente”. Pero Juanilla no corrige su defecto sino hasta el último momento del relato, en el juicio sobre un asesinato del que ella había declarado en contra de un hombre con una mentira; el juez le hace reflexionar sobre la gravedad de mentir y entonces arrepentida pide perdón y nunca más vuelve a mentir.¹⁶

La vanidad también era un defecto muy femenino que en distintas lecturas se abordaba presentando las terribles consecuencias que conlleva; así, por ejemplo, la princesa Ilsa que “no amaba más que los espejos y las flores (...) y a sí misma”, y que además era perezosa, orgullosa e indolente, es castigada por las hadas llevándola a una isla llamada Sábado en la que habitan criaturas horribles y donde deja para siempre su imagen.¹⁷



Si bien la belleza de cuerpo y alma debían ser cualidades de toda mujer, uno de los principales peligros y defectos para ellas era la vanidad, la coquetería o el desenfreno moral.

Los textos también hablaban de aquel reino donde estaban prohibidos los espejos, ya que “la reina era monstruosamente fea y no quería exponerse a ver reflejada su imagen”, y donde Jacinta, la joven más hermosa de la comarca, es engañada por ésta a fin de que no se case convenciéndola que es “el ser más feo en el mundo”:

—¡Soy fea?

—No hay palabras con qué ponderar vuestra fealdad.

¹⁶ María Enriqueta, *Rosas de la infancia. Lecturas para niños. Libro tercero*, pp. 10-12.

¹⁷ María Luisa Ross, *Lecturas selectas*, p. 295.



- Pero, mis ojos...
- Son horribles.
- ¿Y mi cutis?
- Negro como el carbón.
- ¿Y mi boca?
- Verdaderamente repugnante.
- ¿Y mis dientes?
- Largos, desiguales y amarillentos.¹⁸

Su novio, ante la negativa de Jacinta, acude al palacio a solicitar la misericordia de la reina, pero ésta lejos de ayudarle la manda decapitar, no obstante, cuando...

El verdugo levantó un ancho y reluciente alfanje, a un mismo tiempo se oyeron dos agudos gritos: uno de alegría, porque en el desnudo acero se había contemplado Jacinta en todo el esplendor de su hermosura, y otro de angustia, porque la infame reina exhalaba su último suspiro a causa de la indignación que le había producido el ver reflejada su fealdad en el improvisado espejo.¹⁹

Finalmente, la vanidad, la envidia y la maldad, encarnadas en una mujer —la reina— encontraban su castigo.

De esta forma, las cotidianas lecturas escolares ofrecían a las niñas sólo dos modelos completamente opuestos, o bien la mujer-flor llena de virtudes como la belleza, la humildad, la caridad, la discreción, la fidelidad e incluso la religiosidad, que son fuente de felicidad y orgullo para sus padres, esposo y sociedad, o la otra cara de la mujer: malvada, deshonesta, envidiosa, mentirosa, que hace sufrir a todos los que la rodean y no tiene un buen final.

Cabe resaltar que cuando la mujer ha sido flor, su muerte, indiscutiblemente, causará una gran pena, y de ello también dan cuenta los libros de texto consultados, pues contienen narraciones y poemas dedicados a la niña, la enamorada, la esposa o la madre muerta. Escritos generalmente por un varón, al que, dentro del estereotipo de fortaleza e inexpresividad imperante, se le permite manifestar su sufrimiento ante este tipo de pérdida:

¹⁸ Méndez en María Luisa Ross, *Lecturas selectas*, p. 304.

¹⁹ *Ibid.*, p. 306.



LA NIÑA CHICA

En los largos días en que la niña navegó
en su cuna alba, río abajo, hacia la muerte,
nadie se acordaba de Platero. Ella, en su
delirio, lo llamaba triste: ¡Platerillo!... (...)

¡Qué lujo pusieron en ti, tarde del en-
tierno! Septiembre, rosa y oro, declinaba.
Desde el cementerio ¿cómo resonaba la
campana de vuelta en el ocaso abierto, ca-
mino de la gloria!... volví por las tapias, solo
y mustio, entré en la casa por la puerta del
corral y huyendo de los hombres, me fui a
la cuadra y me senté a llorar con Platero.²⁰

LOS CUATRO

Los cuatro llevan en hombros
A la madre que está muerta,
Y duerme ese largo sueño
Del que nunca se despierta.

Van a enterrarla, sombríos,
Y al llegar al camposanto,
Sin que puedan contenerse
Rompen en amargo llanto.²¹



La muerte de los niños era muy frecuente hasta
mitad del siglo XX en México, y la pérdida de una niña era motivo
de relatos y poemas que se incorporaban a los libros de texto escolares.
Ilustración del Libro tercero del *Nuevo jardín de los niños* de Gamiz, 1950.

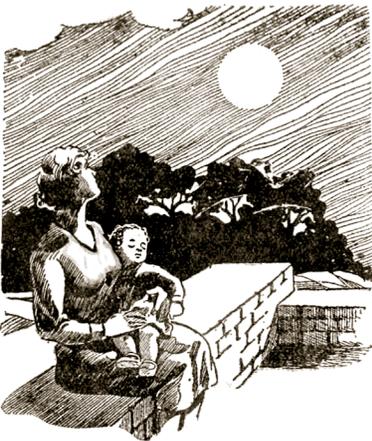
²⁰ Abel Gamiz, *Nuevo jardín de los niños. Libro tercero*, p. 132.

²¹ Francisco Morales, *Alma latina. Libro primero de lectura*, p. 138.

La excelsa maternidad

La representación de la mujer más recurrente en los libros de texto escolares mexicanos es sin duda la de la madre. Todos ellos, sin excepción, dedican lecturas, poemas, narraciones y cuentos relativos a ella, exaltando el amor, la entrega y el sufrimiento que este papel presenta a lo largo de la vida:

“Ven, luna, baja; besa a mi encanto en la frente”, dice la madre a la niña chiquita que tiene en la falda, mientras la luna sonrío soñando (...) La niña chiquita repite riendo lo que su madre le dice a la luna: “Ven, luna, baja”. Y la madre sonrío, y sonrío la noche llena de luna.¹



Son múltiples y recurrentes las imágenes de la mujer en su función de madre en la mayoría de los libros escolares, posiblemente por la fácil identificación de los niños con esta figura, pero también en una clara intención de reproducción de estereotipos de género.

¹ Abel Gamiz, *Nuevo jardín de los niños. Libro tercero*, p. 128.

La figura de la madre se presenta con tal perfección que en ocasiones raya en lo divino o mágico:

Hay un ser que puede dulcificar todos los dolores, que puede destruir todas las tristes esperanzas: la madre. Dios nos la ha dado para poner una gota de miel con sus puros besos en el acíbar de la vida. (...) Ella es la virtud, la caridad, la parte más tierna del corazón, la nota melancólica del alma, el fondo inmortal de la inocencia, que siempre queda bajo los pliegues y repliegues del más cruel carácter (...) volveos y encontraréis a vuestro lado, como un Ángel de la Guarda que os inspira el pensamiento del bien, la sombra querida de vuestra madre.²



.Una madre amorosa.

La niña desde muy pequeña debía aceptar su destino de ser madre y prepararse con esmero, desempeñar las responsabilidades y actividades propias de ello, preferentemente guiada por su misma madre y los avances científicos de la época en cuanto a higiene y puericultura.

² Castelar en Atenógenes Pérez, *Lecturas clásicas y modernas. Enseñanza secundaria 1° y 2° años*, p. 193.



Y ante tal “ser sin ningún defecto” los niños y niñas, según las lecturas, sólo pueden corresponder ofreciéndole todo su amor, su buen comportamiento y una vida ejemplar, a fin de no causarle nunca un disgusto o tristeza.

Madre, si soy tu querida
esperanza, de amor pleno
Te consagraré mi vida:
¡yo te prometo ser bueno!

De todo lo que es anhelo
la madre es merecedora:
yo te bajaría un cielo
y las luces de la aurora.

Pero eso es ansia atrevida
y a ese poder son ajeno:
yo solo te doy mi vida
y te prometo ser bueno.³

Desafortunadamente, esta figura ideal de hijo al pasar los años no se ve cumplida, por lo que en numerosos textos se muestra el inevitable sufrimiento de las madres, un sufrimiento dramático y profundo, pero a la vez altamente reconocido y hasta exaltado, es decir, valorado socialmente.

Hállanse en torno del fuego
Dos niños y una mujer,
A quienes no deja ver
La humareda de la llama,
del tomillo y la retama
Que se quejan al arder.
A uno y otro rapazuelo
Que lloran, dice la madre:

³ Gregorio López y Fuentes, *Cartas de niños. El campo y la ciudad*, p. 88.



—Callad; si pan no trae padre,
Lo traerá un ángel del cielo.
Mas no colmando su anhelo
Con este apóstrofe santo,
Ahogada la triste en llanto
Cuentos de brujas les cuenta,
Por ver si de ellos ahuyenta
El hambre con el espanto.⁴

La miseria, la enfermedad, la lejanía, el abandono, el olvido o la muerte de los hijos —sobre todo varones—, son las principales causas del sufrimiento inconmensurable de las madres, así lo muestran las lecturas:

De un alma buena y cristiana,
Suele acariciar la anciana,
Con las manos marfilinas,
la brillante caracola
Que hay en la vieja consola;
Y al llevársela al oído,
Que torpe y débil está,
Murmura con un gemido
Angustioso y dolorido:
—¿Volverá?

Sé que sueñas y te empeñas
En que aún vive y aún palpita
Y a tu lado ha de volver
El que fue ser de tu ser
El hijo —¡prensa bendita!—
Que se marchó de tu lado
Y surcando el mar airado
En las olas feneció...⁵

⁴ Velarde en María Luisa Ross, *Lecturas selectas*, p. 232.

⁵ María Luisa Ross, *Lecturas selectas*, p. 240.





El sufrimiento de una madre por sus hijos es permanente, a lo largo de la vida de la mujer era el mensaje que transmitían las lecturas de la escuela primaria, a fin de prevenirlo para los niños y aceptarlo con honor y resignación para las niñas.

Para reforzar esta imagen de la madre sufriente, en el libro de *La historia de mi patria* para tercer grado, se elige esta muestra de la poesía de Nezahualcóyotl.

Madre mía cuando yo muera
Entiérrame junto a la hoguera,
y cuando vayas a hacer tus tortillas
Allí reza por mí.
Y si alguno te pregunta
Madre mía ¿por qué lloras?
Respóndele: que está muy verde la leña
Y con el humo te hace llorar.⁶

Además de estas dos representaciones generales de la mujer en el rol de madre, en los libros de texto de lectura, y también en los de historia, se les presenta en relación con su papel de educadora de los valores y

⁶ C. R. Martínez, *Primeras lecciones de Historia Patria. Tercer año*, p. 84.



virtudes de los hijos e hijas, dando, sin embargo, un tratamiento distinto para cada género.

Para el caso de los hijos varones la representación es siempre de una madre orgullosa del potencial y virtudes de sus vástagos tales como la valentía, la lealtad, la integridad o el patriotismo. Así narra, por ejemplo, la historia de Cornelia, una dama romana venida a menos que consideraba a su dos hijos, Tiberio y Cayo, como sus “únicas joyas” y que efectivamente se convirtieron en héroes famosos conocidos como “Los Gracos”.⁷



Grabado de Cornelia, la dama romana, orgullosa de sus hijos varones que se convierten en guerreros y héroes en *Cielo, tierra y mar*. Libro de lectura para sexto año, de 1960.

⁷ Valentín Zamora, *Cielo, tierra y mar*. Libro de lectura para 6° año, p. 95.



Dentro de la historia mexicana, el poeta Guillermo Prieto ensalza la figura de la madre de los hermanos Rayón, cuando en el sitio de Cópore el virrey le pide a Ramón rendirse ya que tienen preso a su hermano Francisco y de no hacerlo le matará, pero...

Vio venir poco distante
Una sombra, sombra errante;
se acerca... duda... se abisma...
Es cierto... ¡Es su madre misma
la que está viendo delante!
Alta, pálida, terrible,
Como aparecida en sueño;
Ojo inmóvil, duro el ceño,
cual el mármol insensible...
Con acento imperceptible
Le dijo: Ramón no llores;
Con tal que favor no implores
Estaremos de concierto,
¡Que yo quiero a un hijo muerto
y no a dos hijos traidores!... ⁸

Es esa madre patriota ejemplar que prefiere entregar la vida de sus propios hijos, con todo el dolor y sufrimiento que esto le pueda causar, no sólo por el bien del país, sino también para salvaguardar la honra de sus vástagos.

Distinta es la relación que se presenta en los libros escolares de una madre con sus hijas, pues en ella recae exclusivamente la responsabilidad de salvaguardar su cuerpo y alma tan inocente y pura como la sociedad lo requiere. Debe servir de ejemplo, instruir las en las “labores femeninas”, promover las virtudes propias de su sexo y sobre todo controlarlas y vigilarlas, pues de ello dependerá el honor y prestigio de las hijas, de ella misma, y de toda la familia.

⁸ Prieto en María Luisa Ross, *Lecturas selectas*, p. 22.



—¿Llenas están las herradas, mis hijas?
—Madre, lo están, las llenamos a colmo.
—Id, pues, si vos place, a correr por el prado,
Junto al molino cercado de chopos.

Yo velaré vuestros pasos, muchachas,
Con las miradas, sentada en el poyo
Donde se parte la leña, a la sombra
Suave que dan los aleros del chozo.⁹

Dicha responsabilidad filial incluso se extendía después de muerta la madre, como se narra en el cuento japonés *El espejo de Matsuyama* incluido en el libro *Rosas de la Infancia para tercer grado* y que podemos apreciar en este breve fragmento:

—Querida hija mía, ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy a morir y a dejaros solos a ti y a tu amado padre. Cuando yo desaparezca, prométeme que mirarás en el espejo todos los días, al despertar y al acostarte. En él me verás y conocerás que siempre estoy velando por ti. (...) De esta manera vivió la niña, como vigilada por su madre, procurando complacerla en todo como cuando vivía, y cuidando siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla o enojarla. Su más puro contento era mirar el espejo y poder decir:
—Madre, hoy he sido como tú quieres que yo sea.¹⁰

De esta manera, los libros de texto de la época construían, validaban y reforzaban el valor que la sociedad le daba a la mujer, valor basado principalmente en su capacidad reproductiva, sus dotes de control y vigilancia, su aceptación al dolor y sufrimiento y, por supuesto, su importante participación en la reproducción de los modelos de género imperantes.



⁹ Branches en Atenógenes Pérez, *Lecturas clásicas y modernas. Enseñanza secundaria 1° y 2° años*, p. 57.

¹⁰ María Enriqueta, *Rosas de la infancia. Lecturas para niños. Libro tercero*, p. 69.

Heroínas y mujeres ejemplares

Distintos autores consideran que la sistemática invisibilización de las mujeres en los diferentes campos de conocimiento: ciencias, arte, historia, etc., se debe, al menos en parte, a su ausencia misma en los libros de texto escolar. En mi opinión, esta relación no sólo es unidireccional, pues los libros de texto son producto y reflejo de los pensamientos y creencias de la sociedad, pero también una manera de validarlos y reproducirlos.

En efecto, la presencia de mujeres en los libros de texto de historia es realmente muy escasa, y hasta cierto punto, como menciona Burguera¹ hay en ellos un predominio de la historia política sobre la social, donde el énfasis está en las guerras y los héroes que en ellas intervinieron, guerras en las que, por supuesto, no participaron “en el frente” las mujeres, y por tanto son excluidas del discurso oficial y las imágenes que lo sustentan.

Con el objetivo de encontrar a estas heroínas y mujeres destacadas me di a la tarea de revisar 10 libros de texto sobre historia —patria, general o de América— y 5 de lectura. En relación con las imágenes contenidas en ellos, encontré que del 100 por ciento donde aparecen personas, las mujeres asoman sólo en un porcentaje de 3.5 a 12.5. En general, las imágenes son de dos tipos: el retrato del personaje con su nombre y con una breve descripción de su participación en la historia, y otra donde la figura femenina sirve de “relleno”, es decir, acompañan a las figuras principales, muestran algún rasgo físico, vestido u oficio representadas como anónimas y no se relacionan con ningún hecho histórico en concreto.

¹ Jordi Burguera, “Los libros de historia del bachillerato en Cataluña: análisis de los contenidos”, *Íber: Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*.



Telar indígena



Una prenda y sus dibujos



Indumentaria mayaquiché

En los libros de Historia General, Patria o de América son escasas o incluso nulas las imágenes donde aparecen mujeres y generalmente son anónimas y sin relación o importancia para el hecho narrado.

Por otro lado, en los libros de historia y lectura consultados se encuentran establecidos claramente dos roles femeninos: las mujeres masculinizadas y las mujeres víctimas. Las primeras son percibidas como inteligentes, independientes, ambiciosas, dedicadas a la vida pública. Mujeres cuya vida podría ser fácilmente comparada con la de un hombre de su época. Las segundas, en cambio, son espirituales, mártires, se dejan llevar por sus sentimientos o por la religión, son depositarias de la crueldad de los hombres y asumen su rol con consternación. Se construye así una dualidad femenina ausente de toda la complejidad. Dualidad que no se asigna a los personajes masculinos, quienes pueden ser conquistadores, pensadores, artistas, libertadores, religiosos, etc., e incluso desempeñar varios roles a la vez.²

En el primer grupo —las heroínas— encontramos en los contenidos de los libros de texto mexicanos a Doña Josefa Ortiz de Domínguez Corregidora de Querétaro, la reina Isabel la Católica, Doña Marina, Antonia Nava “La Generala”, Catalina González, Gertrudis Bocanegra, María Tomasa Estévez, Luisa Martínez, Agustina Ramírez, Princesa de Salm, Soledad Solórzano de Régules, Sofía Germain y Madame Dacier. Y en el segundo —las ejemplares— a Sor Juana Inés de la Cruz, Juana de Arco, la emperatriz Carlota, Santa Teresa, la princesa Xóchitl, Blanca de Castilla, María Estuardo, Manuela Rojas de Abasolo y Margarita Maza de Juárez.

² Edda Sant y Joan Pagés, “¿Por qué las mujeres son invisibles en la enseñanza de la historia?”, *Historia y Memoria*, pp. 135-138.



Únicamente 22 mujeres entre más de tres centenares de hombres fue lo que construyó en el imaginario infantil de la época la idea de que los acontecimientos y las figuras que han ido moldeando a lo largo de los años civilizaciones enteras han sido varones, y que las mujeres no son protagonistas importantes ni forman parte de la información verdaderamente relevante.

¿Y qué es lo que se cuenta de estas pocas mujeres en los textos escolares? Veamos.

Las mujeres que con mayor frecuencia aparece en los libros tanto de historia como de lectura son Doña Marina³ y Doña Josefa Ortiz de Domínguez.

Después de la batalla de Centla, Cortés recibió el presente de algunas indias en calidad de esclavas, entre las cuales venía Doña Marina “La Malinche” en quien se aunaron una real belleza y un auténtico ingenio. Sabía la lengua maya y náhoa (esta última era la que se hablaba en las tierras hacia donde se encaminaba Cortés). Cortés, al repartir las esclavas entre sus capitanes, la había asignado a Hernández Portocarrero, pero dada su importancia clave, había acabado por reservársela, habiendo tenido con ella un hijo, tronco del mestizaje que actualmente constituye el elemento fundamental de la población mexicana.⁴



La imagen de Doña Marina es incluida en los libros de texto de historia como una figura clave para la conquista del país al fungir como intérprete y como madre de la raza mestiza.

³ En sólo un texto de la época no se le denomina Malinche, nunca Malintzin o Malinalli y prevalece el nombre cristiano de Marina.

⁴ Salvador Monroy, *Historia de América. Quinto grado*, p. 91.



Aunque en este fragmento se mencionan su belleza e inteligencia, la figura de Doña Marina sólo adquiere sentido histórico en función de su utilidad como intérprete y mujer de Hernán Cortés, ya que en esta época la imagen de Cortés era ensalzada, así que ella también alcanzó parte de esa gloria sólo por estar a su lado.



En algunos libros de texto, tanto mexicanos como españoles, se mencionan las cualidades de inteligencia y diplomacia de Doña Marina, como lo muestra este grabado tomado del libro *Hernán Cortés* para lectura en 6° grado, editado en Bilbao.

Adicionalmente otros textos resaltan el aspecto caritativo de “La Malinche” —virtud como ya vimos loable en la mujer—, al considerar que “influyó demasiado en el mejoramiento de la conducta de los españoles para con los vencidos” y por supuesto, el reconocimiento de su maternidad que le lleva a ser el icono del mestizaje mexicano, en otras palabras, la “madre de la nueva raza mestiza”.⁵

Por su parte, la figura de Doña Josefa Ortiz de Domínguez es representada en los libros de texto de historia como un personaje clave, pero

⁵ Carlos Rodríguez, *Breviario de historia de México. Cuarto año*, p. 9.



secundario en el movimiento de independencia, se le dedican dos o tres renglones acompañados de su imagen.



Nació en la ciudad de México en el año de 1768. Quedó huérfana a corta edad, pero al amparo de una hermana suya estudió en el Colegio de las Vizcaínas de donde salió para casarse con el Corregidor de Querétaro don Miguel Domínguez. Cooperó en lo que pudo para llevar a efecto la independencia nacional. Figuró entre los conspiradores de Querétaro; ella, al descubrirse la referida conspiración, dio aviso inmediatamente a Hidalgo y Allende con el fin de que apresuraran el movimiento de libertad. Murió en 1829. Ilustración del libro *Breviario de historia de México. Cuarto año*, de Rodríguez, 1948.



Es en los libros de lectura donde se dedican narraciones y poemas extensos que permitían a los alumnos, y quizá más a las alumnas, tomarla como ejemplo, pues a pesar de romper algunas reglas y virtudes exigidas a la mujer, se convertiría en heroína nacional.

Una joven huérfana llevaba ella misma los obsequios a las visitas, y en más de una ocasión, cerca de la puerta de la sala, a hurtadillas se detenía a escuchar conversaciones, y de una manera especial las disputas relativas al Gobierno de España y a los primeros síntomas de la Revolución Francesa. Un día, principalmente, le cautivó la fogosa y elocuente palabra del joven don José Joaquín Fernández de Lizardi. (...) la huérfana, hija de don Juan José Ortiz y doña Manuela Girón, fue el primer beso de libertad que sintió en la frente, ella, que había de anunciar más tarde al padre de la Patria, el peligro de la conspiración que inició la independencia de la Nueva España.⁶

En todos los textos analizados se enfatiza su calidad de huérfana, posiblemente para acentuar las condiciones desfavorables tanto económicas como afectivas de su infancia, que hacían que tuviera que emplearse en el servicio doméstico de personas de “buena sociedad”, e incluso ser alumna interna del Colegio de las Vizcaínas, cuyo objetivo principal era “darles refugio y educación a mujeres sin suerte”, pero concediéndoles un cierto grado de inteligencia y buen juicio.

Sin embargo, el hecho que le permitió destacarse en la historia está asociado a su esposo, el licenciado Miguel Domínguez, quien era un jurisconsulto destacado y al cual el gobierno virreinal nombró Corregidor de Querétaro, y del que toma el apelativo con el que es identificada: “La Corregidora”. De hecho, también el Corregidor era parte de la conspiración y cuando éste fue informado de que los habían delatado “optó por proceder de tal forma que no despertara sospecha alguna contra su persona, y para ello, después de asegurar a su esposa encerrándola en un cuarto, pero poniéndola al tanto de lo que ocurría”, continuó con sus deberes. Es entonces cuando la astucia, coraje y valentía de Doña Josefa se vuelven míticos, pues “por la cerradura de la puerta pudo hablar con

⁶ María Luisa Ross, *Lecturas selectas*, p. 77.



el alcalde Pérez para que inmediatamente⁷ solicitara a Hidalgo y Allende apresurar los planes de insurrección.

¡Señora! Tu heroísmo, en época remota
alzó sobre la noche su viva claridad;
y al verla salió el Pueblo de su abyección de ilota
y se forjó una espada de una cadena rota
fue a la guerra en busca de Muerte o Libertad!

¡Por eso allí te puso la Patria, que te ama!
Allí donde los siglos futuros te han de ver,
Y cuando alguno diga: ¿Por qué así se aclama?
Con voz solemne y firme responderá la Fama:
¡Porque salvó a su pueblo, como Judith y Esther!⁸

Adicionalmente a sus actos heroicos equiparados en el poema a las mujeres bíblicas, los textos se refieren a Doña Josefa como modelo de esposa y madre, toda una “matrona” que el resto de su vida lo pasó al lado de su familia, pues fue madre de 12 hijos e incluso rechazó algún cargo en la corte del imperio de Iturbide.

Cuando doña Ana María Huarte le mandó el nombramiento de dama de honor, con abnegación democrática tuvo la altivez de contestar al portador:
—Diga usted que la que es soberana en su casa, no puede ser dama de una emperatriz.⁹

Otras heroínas de la Guerra de Independencia mencionadas en dos libros de texto, uno de historia y otro de moral, son Gertrudis Bocanegra, María Tomasa Estévez y Luisa Martínez, quienes servían a los guerrilleros insurgentes dotándolos de víveres, recursos y haciendo actividades de comunicación y espionaje; todas mostraron dignidad y coraje en el momento de ser muertas por la causa que defendían. Como en el caso

⁷ C. R. Martínez, *Primeras lecciones de Historia Patria. Tercer año*, p. 49.

⁸ Ruiz en Gregorio López y Fuentes, *Cartas de niños. El campo y la ciudad*, p. 127.

⁹ María Luisa Ross, *Lecturas selectas*, p. 79.



de doña Antonia Navas y doña Catalina González, quienes, durante el tremendo sitio de Tlacotepec, organizaron y pusieron a las mujeres del pueblo a disposición del general Nicolás Bravo:

—Venimos porque hemos hallado la manera de ser útiles a la patria. ¡No podemos pelear, pero podemos servir de alimento! He aquí nuestros cuerpos, que pueden repartirse como ración a los soldados. Y dando el ejemplo de su abnegación, sacó del cinto un puñal y se lo llevó al pecho (...) Las mujeres se armaron de machetes y garrotes, y salieron a pelear contra el enemigo. Casi todos los insurgentes murieron en acción, pero no se rindió ninguno.¹⁰

Por esa acción a Antonia Navas la llamaban “La Generala”, por su varonil actitud, misma que se narra en otro episodio cuando contemplando el ensangrentado cuerpo de un familiar, el general Morelos trata de consolarla y ella le dice:

—No vengo a llorar, no vengo a lamentar la muerte de este hombre; sé que cumplió con su deber; vengo a traer a cuatro hijos: tres pueden servir como soldados, y el otro, que aún está chiquillo, será tambor y reemplazará al muerto.¹¹

Nuevamente se mezclan el heroísmo patrio con la abnegación y sentimiento maternal que ya hemos mencionado, mismo que es alabado en la persona de doña Agustina Ramírez Rodríguez, quien “fue personalmente a presentar a sus doce hijos para que combatieran en pro de la libertad nacional” durante la Intervención Francesa, viendo morir a todos y cada uno en dicha contienda.¹²

Otra heroína que destaca en los libros de texto no es mexicana, se trata de la reina Isabel de Castilla La Católica. Al igual que Doña Josefa, su imagen aparece acompañada de breves relatos que enfatizan su acertada y bienaventurada decisión de financiar y apoyar la arriesgada expedición de Cristóbal Colón para “hallar un camino para la India”, decisión que finalmente culminó en el descubrimiento de todo un continente.

¹⁰ María Enriqueta, *Rosas de la infancia. Lecturas para niños. Libro tercero*, p. 46.

¹¹ *Ibid.*, p. 47.

¹² Antonio de la Peña, *Antología moral*, p. 212.



Era a la vez bondadosa y enérgica. Sabía hacer justicia y no temía emprender obras difíciles. (...) Cuando Cristóbal Colón pidió ayuda para emprender su primer viaje no había en el reino dinero suficiente, a causa de las guerras que antes tuvo que sostener, pero la generosa reina supo ingeniarse para que expedición de tanta importancia pudiera realizarse.¹³

Visionaria y quizá ambiciosa, Isabel no dudó en empeñar sus propias alhajas para completar el costo de las tres carabelas necesarias para la expedición.



Grabado de Isabel la Católica, reina de Castilla y mujer de Estado que posibilitó el descubrimiento de América en el libro *Elementos de Historia General y Patria* de 1941.

¹³ C. R. Martínez, *Primeras lecciones de Historia Patria. Tercer año*, p. 52.



Pero además de este hecho, que se relaciona directamente con la historia de México, en los textos se le describe como una excelente e inteligente gobernante, estratega que, al lado de su esposo Fernando de Aragón, logró el rendimiento del último reducto moro en Granada, reorganizó la economía, el orden, la seguridad, impulsó la agricultura, la educación y la marina mercante, logrando que España se convirtiera en “una de las naciones más ricas y prósperas de Europa”.¹⁴

Adicionalmente a todas estas acciones “propias de un varón”, la reina Isabel era una mujer con grandes virtudes femeninas, pues además de su inquebrantable fe y religiosidad católica, “fue una madre excelente que cuidaba con esmero a sus hijos. Compasiva con todos, se dolía especialmente de los más necesitados y muchas veces recomendó a los conquistadores el buen trato para los naturales de las Indias recién descubiertas”.¹⁵ Cualidades altamente valoradas en nuestro país al grado que el historiador, literato y político mexicano don Justo Sierra llegó a nombrarla: “Santa Isabel la Católica”.¹⁶

Pasemos ahora al grupo de mujeres ejemplares, quienes, por su espiritualidad y la defensa de sus sentimientos —y ya sea a través o a pesar de ello— logran destacar en las artes o la política.

Dentro de este grupo, los manuales escolares de historia presentan con mayor frecuencia a la monja poeta Sor Juana Inés de la Cruz, todos muestran una imagen de ella, pero se limitan a proporcionar datos biográficos muy breves en el pie de foto y en ocasiones sin coordinación con la narrativa del texto en general.

¹⁴ Luis Martínez, *La historia de mi patria. Tercero Primaria*, p. 144.

¹⁵ C. R. Martínez, *Primeras lecciones de Historia Patria. Tercer año*, p. 52.

¹⁶ Salvador Monroy, *Historia de América. Quinto grado*, p. 67.





Esta ilustre poetisa nació en Nepantla, Méx., el 12 de noviembre de 1651. Su verdadero nombre era Juana de Asbaje. Desde niña se distinguió por su inteligencia y vocación al estudio, pues propuso a sus padres la vistieran de hombre para poder estudiar en la Universidad, pues las mujeres no podían estudiar en esta casa de estudios. Sorprendió por sus talentos a los sabios de su época. Ingresó al convento de San José de donde pasó al convento de San Jerónimo. Escribió hermosas poesías que le dieron fama; pues figura entre las principales portalaras de la Época Colonial. Murió el 17 de abril de 1695.

Imagen del *Breviario de historia de México. Cuarto año, 1954.*

Los libros de texto de moral, más que destacar las dotes intelectuales o literarias de Sor Juana, alaban sus virtudes de “santa”, sobre todo su humildad y su caridad.



Esta humildad resuelta, exaltada, (...) surge a flor de pluma a cada paso en sus últimos años de vida y de penitencia:

Yo la peor del mundo.

Yo la peor que ha habido.

Juana Inés de la Cruz, la más indigna e ingrata criatura de cuantas crio vuestra Omnipotencia y la más desconocida de cuantas creó vuestro amor.

No se trata de esa modestia que se ostenta para atraer elogios, de esa humildad que se va pregonando por todas partes (...) sino de una convicción sincera, honda, conmovedora, que impele a la monja a creerse mala porque gastó sus ocios en componer versos en vez de emplearlos todos en santificarse.¹⁷

En la lectura “Dio de limosna hasta su entendimiento” se narra cómo, completamente arrepentida de su soberbia, Sor Juana se deshizo varias veces de sus pertenencias para ayudar a los necesitados o a sus mismas hermanas del convento, pero “la mayor prueba a la que se sujetó fue a la de vender sus libros para los pobres” y así:

Volando en la perfección, alcanzando con el heroico esfuerzo de su espíritu la negación absoluta de sí misma, pasó la madre sus dos últimos años de su existencia y llegó a principios de 1695, en que según la bella frase de su biógrafo “enfermó de caritativa”.¹⁸

Sin duda, una vida dividida y confusa entre el amor al conocimiento y las normas de una sociedad en donde las mujeres estaban excluidas de los campos intelectuales y artísticos.

Otra figura femenina que se muestra como atormentada y confundida, pero con cierta influencia en la historia del país, es la emperatriz Carlota Amalia. En 1857 se casó con Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, y llegó con él cuando los conservadores le solicitan ser el monarca emperador de México contando con el apoyo de Napoleón III y las tropas francesas. Se le refiere como una mujer “ilusa” que nunca entendió lo que pasaba políticamente en un país tan diferente al cual realmente deseaba servir, pero sobre todo como una esposa leal, ya que

¹⁷ Antonio de la Peña, *Antología moral*, p. 377.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 127-130.



al darse cuenta del peligro que su esposo corría “pasó Carlota a Europa con el fin de pedir auxilio; como Napoleón III se negó a continuar el apoyo que les dio en un principio, pasó a entrevistar al Papa en el Vaticano donde se volvió loca. Desde entonces hasta su muerte acaecida el 19 de enero de 1927 sólo tuvo momentos de lucidez”.¹⁹



Retrato de la emperatriz Carlota en el libro *Primeras lecciones de Historia Patria para cuarto año*, de 1966.

En realidad, considero que la presencia de la emperatriz Carlota en los textos escolares no obedece a que ella hubiera tenido una participación real en la política nacional, sino más bien al impacto que tuvo en el imaginario social de la época por su condición de mujer de la nobleza europea, así como por su abnegación y respaldo a su esposo, pues esto último la llevó realizar acciones diplomáticas con el objetivo de salvar a su hombre, pero al no tener éxito llega al grado de perder la razón como muestra de su gran amor.

¹⁹ Carlos Rodríguez, *Breviario de historia de México. Cuarto año*, p. 131.



De forma semejante, en el libro *Antología moral* se presenta como esposas abnegadas y leales, como soportes incondicionales del marido, a Manuela Rojas, esposa de don Mariano Abasolo, a quien sigue aun en la miseria y el desamparo; a Margarita Maza, esposa de Benito Juárez, quien fue “la constante compañera, la tierna amiga, mujer fuerte y la acertada consejera (...) en las vicisitudes de que estuvo llena la vida del gran hombre, ella siempre sufrió sonriendo su parte no pequeña de calvario”²⁰ y finalmente, a la princesa de Salm, esposa del príncipe Félix Salm-Salm, quienes estaban en México en apoyo al emperador Maximiliano, y cuando ambos cayeron prisioneros ella no sólo trató de sobornar al coronel a cargo de la custodia, sino que también consiguió una cita con el presidente Benito Juárez para rogar por la vida del emperador y su marido.

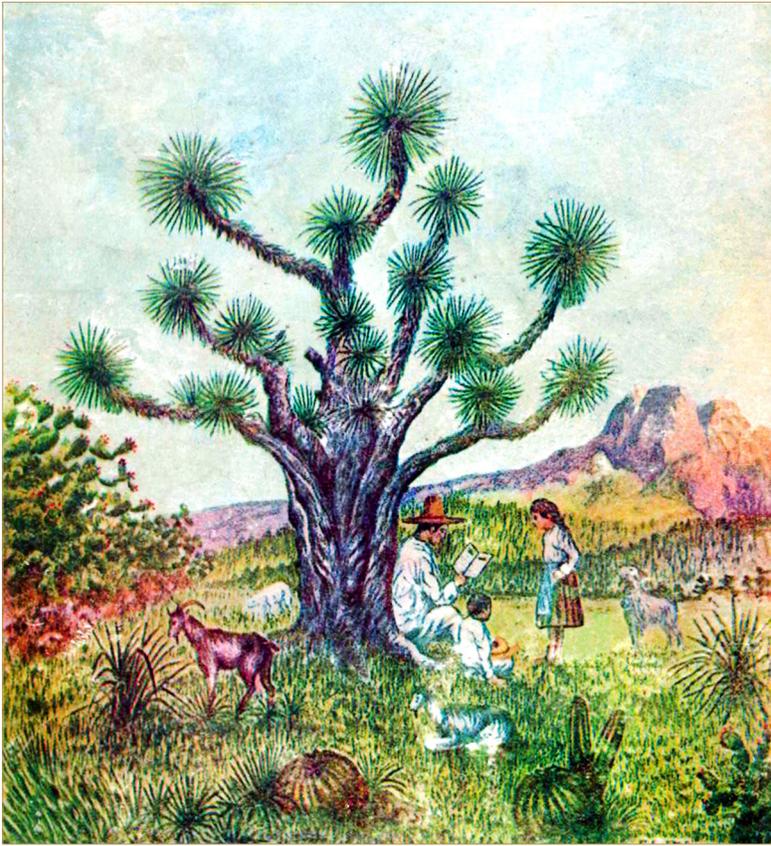
El honor y el triunfo —o bien la desgracia o derrota de los hombres— son valores transferidos a la mujer, sea cual fuere la condición social o económica de ésta, así lo muestra el poema “Mexicanas” de Amado Nervo:

Guadalupe la chinaca va a buscar a Pantaleón,
Pantaleón es su marido,
El gañán más atrevido con las bestias y en la lid;
Faz trigueña, ojos de moro
Y unos músculos de toro y unos ímpetus de Cid.
Con su gorra galoneada, su camisa respunteada,
Con su gran paño para el sol,
Su rebozo de bolita
Y una saya nuevecita y unos bajos de charol;
Con su faz encantadora más hermosa que la aurora
Que colora la extensión
con sus labios de carmines
que parecen colorines y su cutis de piñón;
se dirige al campamento donde reina el movimiento
y hay mitote y hay licor,
porque ayer fue bueno el día,
pues cayó en la serranía un convoy del invasor.²¹

²⁰ Antonio de la Peña, *Antología moral*, p. 428.

²¹ Miguel López de Heredia, *Juventud. Lecturas escogidas para alumnos de primarias superiores y especiales*, p. 273.





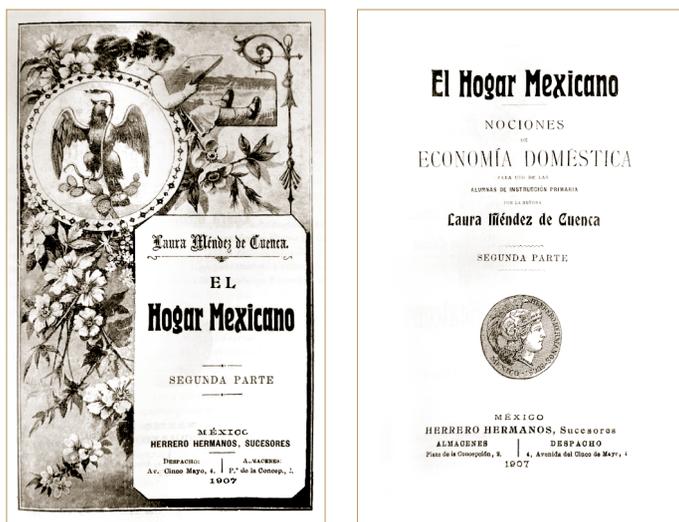
La niña campesina, futura mujer apoyo de su hombre y gloria de la patria.
Portada del libro *Antología moral*, de 1920.



Las labores femeninas: amas de casa y trabajadoras

Aunque hasta aquí he mostrado la presencia y representación de la mujer en los libros de texto de lectura, historia, moral y urbanidad, dirigidos a ambos géneros, me gustaría hablar ahora de aquellos que estaban destinados exclusiva y específicamente a las niñas, los de Economía Doméstica.

Desde la segunda mitad del siglo XIX algunas maestras escribieron este tipo de libros para ser utilizados en las escuelas de niñas, tal es el caso de *La mujer en el hogar. Nociones de economía doméstica* de Dolores Correa Zapata, de 1899, o *El hogar mexicano. Nociones de economía doméstica*, de Laura Méndez de Cuenca, cuya primera impresión fue en 1907 pero continuó editándose hasta los años treinta del siglo XX, y que elegí para su estudio por estar en el fondo digital del Ceince.



Portadas de un libro sobre Economía Doméstica para la instrucción de las niñas en México al inicio del siglo XX.

El objetivo de estos libros era enseñar a la mujer lo que entonces se denominaba “la ciencia del hogar”, para satisfacer de este modo las necesidades de la vida práctica diaria y no sobrecargarla con estudios demasiado difíciles de asignaturas tales como aritmética, geografía, geometría, ciencias naturales, literatura, etc., cuyos conocimientos de forma general le resultaban inútiles.¹

El acertado régimen de una casa exige la colaboración voluntaria de la mujer de mayor representación en la familia. A la mujer corresponde el gobierno interno, la distribución de la labor diaria, la inspección de las faenas domésticas, el cuidado de los pequeñuelos, la vigilancia de los criados y la educación de los hijos.²

Así que los contenidos abordados son entre otros: el jefe del hogar, la casa y todas sus partes, la alimentación, el aseo de la casa y personal, el cuidado de los enfermos, el cultivo de flores, la crianza y buen trato de animales, el adecuado uso del tiempo y el orden, así como las buenas costumbres. Todos éstos presentados en forma muy detallada, con la explicación de los procedimientos y justificaciones científicas modernas que le permitieran a la entonces niña, pero mañana ama de casa, desempeñar sus obligaciones de manera exitosa, y con ello ser y hacer felices a su esposo, hijos, padres y sociedad.

Para la mujer, las faenas domésticas son buena ocupación; porque la obligan a hacer ejercicio muscular barriendo, lavando y planchando, la costura puede servir de descanso, cuando no es de larga duración, las labores de fantasía son recreación digna y bella.³

¹ Florencia Atkinson, *Economía e higiene doméstica*, pp. 3-5.

² Méndez en Mílada Bazant, *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural III*, p. 262.

³ *Ibid.*, p. 355.





Estudiando, bordando, dando lección de música, planchando y cultivando el jardín.
Grabado de *El hogar mexicano* que muestra las labores propias de la mujer.



En cuanto a las imágenes, contrario a lo que ocurre en libros de otras disciplinas, en los de Economía doméstica 97 por ciento de ellas presentan a niñas y mujeres, principalmente ilustrando las actividades y procedimientos que se van describiendo. Sin embargo, cuando aparecen al lado de un varón, la relación entre ellos es de subordinación, dependencia o protección.



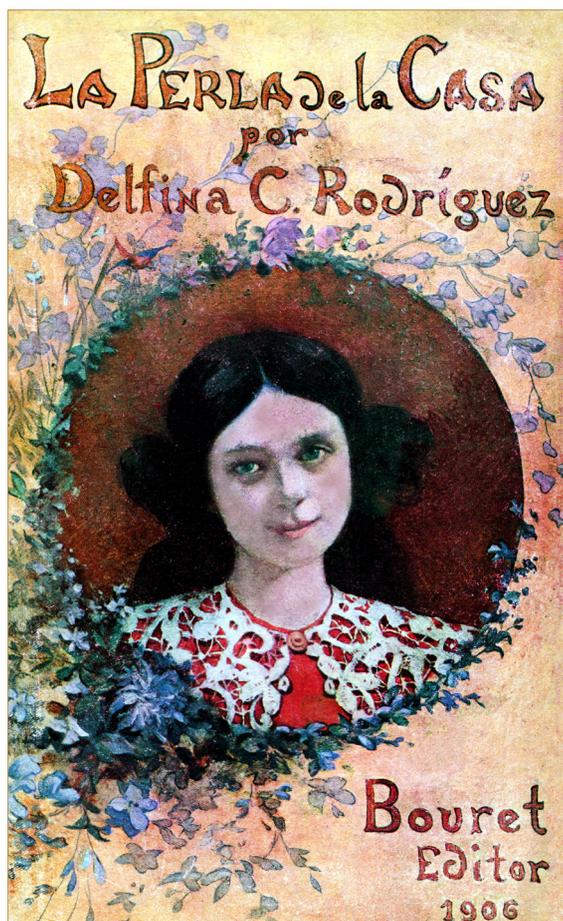
Niño que guía y protege a la niña durante la excursión escolar en *SUBE. libro 2° de lectura*, de 1948. El lenguaje corporal que ambos muestran corresponde a los valores y virtudes establecidos para cada género.

El arte de ser buena ama de casa también incluía el cuidado físico y social de la mujer, a fin de lograr la belleza y las virtudes a las que se aspiraban. Por ello, Laura Méndez de Cuenca recomienda en su libro el ejercicio físico, tomar sol y aire puro, cuidar la piel, el rostro, el cabello, las manos, las uñas, etc., proporcionando recetas para elaborar cremas, pomadas y remedios caseros para lograrlo.

Hasta para andar con gracia (cosa indispensable para que un vestido elegante no parezca guiñapo), se necesita hacer gimnasia. ¡No es corta la diferencia que existe entre el donaire de una mujer que hace metódicamente ejercicios gimnásticos y el desgarbo y la flojedad de las que son reacias a todo lo que es acción muscular! Con el ejercicio se evita la obesidad a que



propende la mujer mexicana a partir de los veintiocho años en adelante, lo que la hace parecer vieja antes de serlo y desmerecer en comparación con las norteamericanas, para quienes no hay edad madura: siempre ágiles, airoosas, esbeltas, pasan de la juventud, prolongada por la gimnasia hasta los treinta y cinco o cuarenta años, a una vejez majestuosa y serena.⁴



La Perla de la Casa, aunque era un libro de lectura para uso de las niñas de 4º año de instrucción elemental, presentaba las nociones de economía doméstica a manera de narraciones breves con historias de niñas y sus familias y les recomendaba ser niñas buenas, obedientes y sumisas y cumplir con los más gratos deberes de la urbanidad, a semejanza de su similar *La Perla del Hogar* de publicación y uso en España.

⁴ *Ibid.*, p. 338.



Igual de importante que la belleza física —la cual no debe caer en ningún momento en el exceso de vanidad— era cultivar las buenas costumbres. No importando la condición social o económica de la niña o mujer —aunque este libro de texto está francamente dirigido a niñas de buena clase social—, todas debían aprender a comportarse de la manera adecuada en las distintas situaciones de la vida, siempre haciendo gala de sus virtudes morales y agradando a quienes las rodeaban:

Es muy simpática una persona que, además de bonita, graciosa y elegante, tiene modales correctísimos que la recomiendan en sociedad. Su compañía es solicitada por señoras y caballeros, pues sus labios solo pronuncian palabras amables; y en su conversación todo revela ser trasunto de la mismísima bondad.⁵

La función social del ama de casa, que los libros de economía doméstica desarrollaban técnicamente en las niñas, era reforzado constantemente con las imágenes y textos de los libros de otras materias, sobre todo los de lectura, que reiteradamente describían a la madre, haciendo alusión a este modelo inclusive desde los primeros grados de escolaridad:

Mamá parece hormiguita. Trabaja mucho, sin descanso. Es infatigable en el cumplimiento de sus obligaciones. Dulce y tierna en el trato con los demás. Ha ordenado todo. La casa está limpia. Ella hizo las carpetas y las colchas. También los manteles. Lava, plancha, barre, sacude y prepara los alimentos.⁶

⁵ *Ibid.*, p. 391.

⁶ Valentín Zamora, *Verde y Azul. Libro de lectura 2° año*, p. 68.

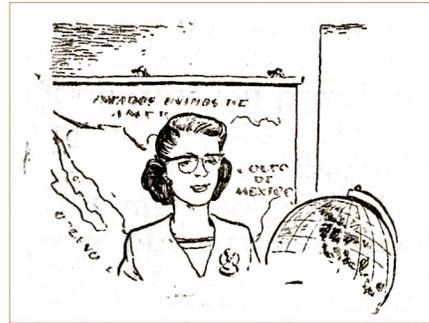




Grabado de la madre ama de casa en *Verde y Azul*.
Libro de lectura para segundo año, de 1959.

Para complementar las lecciones de economía doméstica también se editaron y llevaron en las escuelas primarias libros de texto para niñas sobre Aritmética Femenil o Intuitiva, como los de los profesores Avilés y Zenil de la Librería de la Vda. de Ch. Bouret, en los que como menciona Escolano en la segunda parte de este libro, se presentaban lecciones y problemas relacionados con la administración de la casa.

Además de las labores domésticas, en algunos libros de texto se presentan ocasionalmente algunas otras profesiones que desempeñaban las mujeres: maestras, enfermeras, comerciantes y “criadas”.



La profesión de maestra era una de las validadas socialmente para las mujeres, de preferencia en las escuelas de párvulos o de niñas, y para desempeñarla debía haber constancia no sólo de los conocimientos y el arte de la enseñanza, sino también de tener las virtudes femeninas. Imágenes de maestras en *La Perla de la Casa*, de 1906, y *Verde y Azul*, de 1959.



La imagen de la maestra está siempre asociada a virtudes como la bondad, la paciencia, la responsabilidad, etc., pues es el modelo para seguir de los niños y niñas que tiene como alumnos y quienes a su vez la admiran y aman:

Este año los niños tienen una nueva maestra. La quieren tanto como a la encargada del primer año, ya que es muy bondadosa.⁷

¡Cuánto quiero a mi Patria!
A mi maestra también.
Seré un buen niño y me aplicaré mucho,
sí me aplicaré mucho.⁸

La educadora goza del respeto, la confianza y el reconocimiento de los padres de familia, quienes la consideran una mujer al servicio de la nación y que dirige a sus hijos con sabiduría, tanto en lo intelectual como en lo moral.

—¡Qué bueno hijo mío! Mucho me agrada que en la escuela la maestra se empeñe en que los niños vuelvan a ser corteses y educados.
Yo quedé muy satisfecho con lo que dijo papá.⁹

Por su parte, las enfermeras se describen por los cuidados que prodigan a los pacientes, su vocación de servicio y su obediencia hacia los médicos.

En la escuela hay un pequeño consultorio, en el que se atiende a los niños que les pasa algo (...) la enfermera lava muy bien la herida con agua destilada, después nos pone mercurio cromo, unos pedazos de gasa y otro de

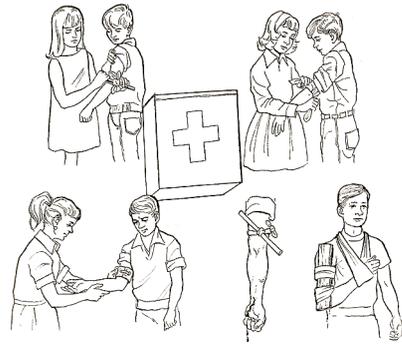
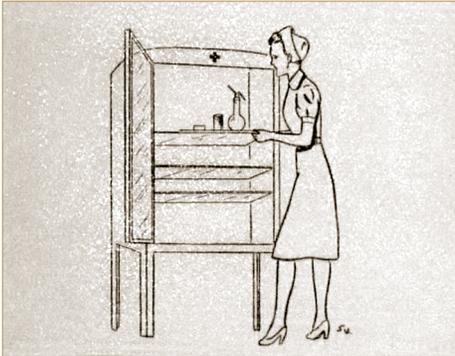
⁷ Valentín Zamora, *Cielo, tierra y mar. Libro de lectura para 6° año*, p. 35.

⁸ Ana María Romero, *SUBE. Libro 2° de lectura*, p. 41.

⁹ *Ibid.*, p. 139.



algodón que sostiene con tela adhesiva (...) y nos recomienda juguemos con cuidado para evitar estos accidentes.¹⁰



El cuidado de los enfermos era una tarea propia del ama de casa que se trasladaba profesionalmente a la enfermera, por lo que preferentemente, si no es que exclusivamente, debían ser mujeres.

El México de aquella época era una sociedad tradicional con roles de género estrictamente definidos y en donde el que una mujer trabajara fuera de casa solamente estaba justificado en dos situaciones: por una extensión de sus funciones de madre, como en el caso de las maestras o enfermeras, quienes adicionalmente realizaban lo propio en sus hogares, o bien, por padecer necesidad económica ante la falta, ausencia o irresponsabilidad del hombre “jefe de familia”.

Tenemos allí muchas cosas que no necesitamos nosotros, pero que necesitan las personas que nos compran. Compramos barato y vendemos algo más caro. Le he dicho a mi mamá que ya me aburre el estanquillo; pero ella me responde: Sí, hija mía, es muy incómodo; pero, aun así, sustituye a tu padre. Este pequeño negocio es nuestra providencia. Nos da de comer. Nos da algunas utilidades, que es de lo que vivimos. Yo también me canso a veces de él; pero no tengo otro marido que mi estanquillo. Soledad, desde entonces, procura vida honrada a ella y a su madre.¹¹

¹⁰ *Ibid.*, p. 166.

¹¹ Abel Gamiz, *Nuevo jardín de los niños. Libro tercero*, p. 85.



Además del comercio, el trabajo más común era el de “criada”, es decir, empleada doméstica. Con el cual podían obtener recursos económicos realizando las tareas que por “ser mujer” ya dominaba. Sin embargo, no era una actividad socialmente reconocida, ni bien remunerada, lamentablemente, en la mayoría de los casos era una práctica heredada de madres a hijas; el texto siguiente expresa clara y emotivamente esta situación:

Susana es una pobre muchacha que tiene necesidad de trabajar como criada para mantenerse y mantener a su madre. Gana un corto jornal y apenas vive. Sólo logra hacer menos pesada la miseria. La pobre, sin embargo, es muy aseada y procura andar lo más limpia que puede. No desespera de ser pobre. Pero quisiera que el trabajo de las mujeres fuera mejor recompensado. Piensa que la mujer ha sido muy mal comprendida y que todos la obligan a regalar su trabajo. Hace lo más que puede; su trabajo es tan pesado, que el hombre mejor dispuesto para el trabajo desertaría de una sola de las obligaciones de la mujer, y, sin embargo, se le paga mezquinamente. Y siente que la embarga la tristeza de todas las pobres mujeres que tienen que ganarse la vida sirviendo de la mañana a la noche, dando su fuerza, su salud y su vida, a cambio de un salario insignificante.¹²

La trabajadora doméstica es una “pobre mujer”, no sólo por lo económico, sino por la explotación a la que se ve sometida, el desprecio social y también por la falta de un varón en su vida.

¹² *Ibid.*, pp. 111-112.





La única posibilidad de trabajo “decente” para una mujer de la clase baja era servir de “criada”, ya que no implica ningún otro tipo de preparación más que desempeñar las tareas domésticas que ya sabía y aunque el pago era poco podía bastarle para sostener a su familia.



¿Indicios de un posible cambio?

Efectué también la revisión de dos libros de texto en los que encontré algunos breves párrafos con un discurso algo discordante, o que al menos comenzaban a cuestionar el *status quo* de la mujer en aquella época. El primero de ellos es *Frascuelo. Libro de lectura corriente* de 1921, el cual fue un libro escolar muy exitoso en Francia y España, y que fue traducido y arreglado para las escuelas de instrucción elemental de México por los reconocidos profesores Ezequiel A. Chávez y Jenaro García. En él se narra la historia de Frascuelo, un adolescente pobre que entra de aprendiz en una fábrica de tejidos cuyo dueño, al ver su interés y capacidad, lo toma como protegido para darle instrucción tanto intelectual como moral. En uno de los últimos apartados, donde se habla de Juana de Arco, aparece el siguiente diálogo:

Frascuelo. —Señor: esa lectura me ha hecho pensar una cosa: en todas las historias que usted nos ha contado, son siempre hombres los que todo lo inventan y nunca mujeres: ¿Por qué, pues? Las niñas tienen, sin embargo, tanto talento como los niños; la niña Amada responde mucho mejor que yo, y comprende a menudo más aprisa que el niño Enrique. (...)

El señor Edmundo. —Y bien, Amada, pruebe usted una vez más su rapidez de comprensión, y explíquenos por qué tan pocas mujeres se encuentran en el número de los inventores.

Amada, muy perpleja. —Señor: me parece que para inventar muchas cosas se necesitaría ocuparse en ello. Yo no sé si las mujeres hubieran podido, como Stephenson, inventar la locomotora; pero sí pienso que nunca han tenido oportunidad de hacerlo, porque nunca se les ha encargado que cuiden las máquinas, y parece extraño verlas aprender Mecánica o Matemáticas.¹

¹ G. Bruño, *Frascuelo. Libro de lectura corriente. Nociones de moral, economía, derecho, agricultura, higiene y otras ciencias usuales*, pp. 334-335.

La sagaz observación del chico y la disimulada denuncia de la propia niña, que denotan la inequidad de oportunidades entre ambos géneros tanto en la educación como en el trabajo, es rápidamente “aclarada” o más bien, acallada por el adulto:

El señor Edmundo. —(...) El papel de la mujer en la sociedad no es el mismo que el del hombre. La vida de la mujer es por completo interior, y su influencia sobre la sociedad se ejerce de una manera casi invisible. No quiere decir esto que su papel sea inferior, ni su influencia más pequeña: es oculta. He aquí todo.

Las mujeres ejercen su influencia desde luego sobre los niños, y es notable que muchos hombres ilustres hayan debido las cualidades que los distinguen al ejemplo y las lecciones de su madre.²

Más claro no podría ser el mensaje hacia las niñas de la época: la mujer no es inferior pero sí invisible.



ESTUDIO

Sed constantes y siempre empeñosas en el estudio. El estudio desarrollará vuestra inteligencia, os hará distinguir lo bueno de lo malo, os mostrará claramente el camino que debéis seguir para alcanzar vuestra completa felicidad. El estudio os hará dignas y por él lograreis captaros la estimación de los demás.

La mujer que no estudia, la que no se ilustra, la que no procura adquirir un buen número de conocimientos que podrá aplicar en su vida práctica, difícilmente llenará de modo satisfactorio, su misión de hija, de esposa y de madre.

Estudiad siempre, niñas mías, y seréis mujeres juiciosas y serias. El estudio os formará un recto criterio, gracias al cual pensaréis detenidamente en el exacto cumplimiento de los altos y sagrados deberes que la sociedad exige de vosotras.

Estudiad y seréis buenas. El estudio eleva el alma hasta Dios.

LA AUTORA

Si bien se reconocía la inteligencia de algunas mujeres y se les alentaba a estudiar, dichas dotes debían utilizarlas principalmente para gobernar exitosamente su hogar y educar a sus hijos. Portada del libro *El niño mexicano*, de 1904, y Dedicatoria de Delfina C. Rodríguez, autora de *La Perla de la Casa*, de 1906.

² *Ibid.*, p. 335.



El segundo indicio de controversia lo encontré, paradójicamente, en el libro de Economía Doméstica *El hogar mexicano*, escrito por Laura Méndez de Cuenca a quien Bazant describe como una “mujer indómita y moderna”, pues además de profesora y escritora perteneció a un importante grupo de feministas de principios de siglo en México. En apartado sobre *El trabajo* ella menciona que:

Durante centenares de siglos, la mujer, la indispensable compañera del varón y madre de sus hijos, se ha sentido impotente, contenida e imposibilitada en sus impulsos nobles; porque el hombre, por el egoísmo de dominarla en todo, no consintió que se manifestara libremente. Sus instintos de energía eran siempre ahogados en la cuna; su actividad, contenida, sus impulsos encadenados a la voluntad de su señor. De aquí nació su insignificancia social, su nulidad política, su puesto secundario en la familia, de la cual ella es autora, dueña y soberana.³

Denuncia clara y fuerte que quizá se pierde en más de 300 páginas de consejos, procedimientos y normas para que realice la labor doméstica de manera adecuada, y las mujeres la acepten como su única función y destino, pero que, en mi opinión, representa un brote importante de crítica y reflexión para las alumnas a las que estaba dirigido este libro.

La autora continúa exponiendo, tímida y veladamente, una posibilidad distinta para las mujeres:

Pero la transformación social impuesta por la acción de los tiempos ha enseñado al hombre cosas mejores; desde luego, reconocer que la mujer es y debe ser su compañera y que, como tal, debe también compartir con él el trabajo y la responsabilidad individual. (...) La inmensa ventaja de los individuos que trabajan para ganarse la subsistencia consiste en que puedan ser independientes: ejerciendo una profesión u oficio puedan trasladarse de un punto a otro, dilatar su residencia o fijarla donde les acomode (...) El que depende de otros para ganarse la subsistencia tiene necesidad de ajustarse a ello en todo y de consultar con ellos cualquier paso que quiera dar, siendo calificado siempre por sus benefactores, y no ciertamente con cierta justicia.

³ Méndez en Milada Bazant, *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural III*, p. 355.



Instruirse, trabajar con alegría y responsabilidad —por supuesto, sin dejar abandonada su función de madre y ama de casa—, le permitiría a la mujer tener independencia económica, que a su vez se traduciría en libertad.

Libertad e igualdad por la que a lo largo de todo el siglo XX las mujeres continuaron (y continuamos) levantando la voz, uniendo esfuerzos, tratando de transformar los discursos y actos desde distintos frentes, entre ellos, uno de los más importantes: la escuela.



LA EDUCACIÓN
DE UNA NIÑA EN ESPAÑA

Agustín Escolano Benito



La preciosa mitad del género humano

EL “ÁNGEL” DEL HOGAR

A sí se definía a la mujer, en un lenguaje sublimado, creado por los propios varones, la otra mitad del género humano. Este modo de expresión condujo a una retórica falaz que no se correspondía con la evidencia de la exclusión de las mujeres de los bienes de la educación y la cultura, y con su reducción en la práctica a la domesticidad, dentro del estrecho y cerrado círculo del hogar.

La mujer era concebida como el “ángel” de la familia, un “bien precioso” que merecía incluso la consideración de “perla del hogar”, expresión que daba título a algunos textos escolares muy difundidos en la sociedad tradicional. El currículum de las niñas de la época, raquítico y sesgado hacia las expectativas del ámbito de la vida privada de la casa, a la que quedaba confinada, se concebía bajo las metáforas del “pensil” y de las “guirnaldas” de flores que la adornaban. Las lecturas dirigidas a las menores, siguiendo éstas y otras metáforas naturalistas, se definían como un “florilegio” o “ramillete” del amable “vergel” que debía rodear la educación de la mujer.

LOS COMIENZOS DE LA INCLUSIÓN

Las niñas de las clases populares empezaron a asistir a las escuelas de instrucción primaria a mediados del siglo XIX. Hace aproximadamente siglo y medio se publicaban en nuestro país los primeros libros específicos para la enseñanza de la mujer. Con anterioridad a esta fecha se habían editado tratados y ensayos acerca de la formación de las hijas de la nobleza, y en ocasiones hasta se redactaron planes para orientar

la instrucción de las futuras damas de la aristocracia y la burguesía, pero las mujeres de las capas medias y populares de la sociedad no merecieron apenas atención en lo que afectaba al trato con las instituciones de formación.

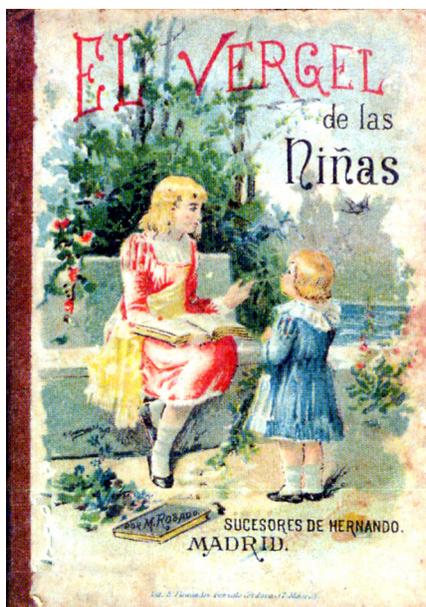
Así, nada menos que la mitad de la población —esa “preciosa mitad del género humano” a la que se refería el político conservador de la era isabelina don Severo Catalina, autor de un influyente ensayo sobre *La Mujer*, obra que siguió editándose hasta mediados del siglo XX— quedaba excluida de los bienes de la civilización letrada. En este influyente ensayo recogía don Ramón de Campoamor, el prologuista, estas afectadas y melancólicas seguidillas:

Cuando viniste al mundo,
tu dulce guarda
los ángeles del cielo
se disputaban.

Crece, niña hechicera,
crece lozana,
como árbol en la orilla
de limpias aguas.

Crece, y que nunca
se nuble el claro cielo
de tu ventura





El vergel de las niñas o conjunto de lecturas que una buena institutriz dispensará a la menor en un jardín florido. Portada del texto de finales del siglo XIX.



Cubierta interior del libro *La educación de la mujer*, editado en Barcelona por Seix, a finales del siglo XIX. Guirnalda de flores adornan la figura femenina. Enmarcan la escena algunos elementos propios del ajuar del hogar.



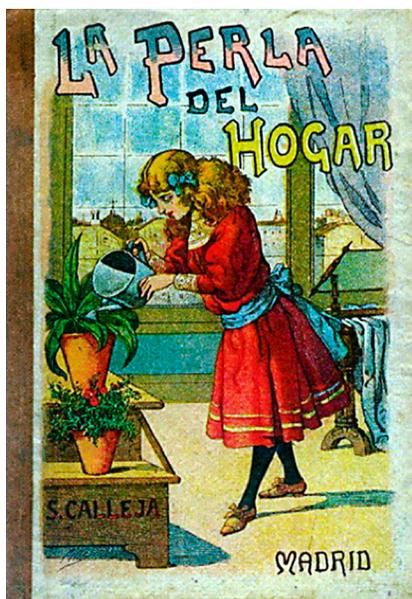
Antonio Gil de Zárate, primer director general de Instrucción Pública, confesaba en 1855 que la escasa atención prestada a la educación del “bello sexo” había sido el fracaso más notable de su política. Mientras las escuelas normales, creadas a partir de 1838 por los liberales, podían formar maestros para las instituciones de varones, nada se había hecho en relación con las maestras. Los centros para éstas habrían de esperar dos décadas más, hasta que la Ley Moyano impulsara la creación de las normales femeninas. Mientras tanto, y también después, las escuelas de niñas fueron regentadas por mujeres habilitadas mediante un certificado de idoneidad que acreditaban las juntas municipales de enseñanza. Hay que subrayar, además, que muchas de estas “maestras” leían con dificultad y apenas sabían escribir, aunque pudieran ser, eso sí, “primorosas” en la práctica de las “labores propias de su sexo”.

Bajo los anteriores condicionamientos, no debe extrañarnos que a mediados del siglo XIX —fecha de la que parte este análisis—, sólo fuera capaz de leer 14 por ciento de las mujeres (de escribir apenas 9 por ciento), siendo por tanto iletradas cerca de 86 por ciento de aquella mitad de la población a que se adscribían. En el caso de los varones, el porcentaje de letrados era de 35 por ciento. Éste era el momento de despegue de la escuela pública en España, que en parte también incluyó a algunas mujeres de la época.

No obstante lo anterior, medio siglo después, en 1900, el analfabetismo aún alcanzaba a 66 por ciento de las mujeres, frente a 45 por ciento de los varones, y aunque el diferencial sexual del iletrismo se fue reduciendo a lo largo del primer tercio del siglo XX, al final de la guerra civil todavía se constataba un claro contraste entre 17 por ciento de los hombres y 28 por ciento de las mujeres.

Poco hizo pues la sociedad liberal del siglo XIX y comienzos del XX por incorporar a la mujer a la cultura elemental. Aunque la Ley Moyano, de 1857, ordenara la creación de una escuela para niñas, además de la de niños, en toda población de más 500 almas, las tasas de escolarización de los alumnos de más de 6 años en esta fecha y en 1931 sólo llegaban a 45 y 53 por ciento, siendo las correspondientes a las niñas de 41 y 49 por ciento, respectivamente. Por lo demás, la frecuentación escolar en aquel tiempo era extremadamente irregular, no sólo por los índices de asistencia, que podían oscilar entre 60 y 70 por ciento, según regiones y periodos, sino por el prematuro abandono de las aulas y por las prácticas de ausentismo estacional y ordinario.





La mujer es la “perla del hogar”, la pieza más preciada de la casa, la gobernadora de la familia.



Escuela de un poblado del concejo de Mieres, en Asturias, en la segunda mitad del siglo XIX: niños y niñas, en apretada cohabitación, ilustran una escena de verdadero *overbooking*, expresión del interés popular por la formación. Imagen de F. Myrbac.



En el caso de las niñas, la anterior precariedad se acentuaba con la mayor presencia de escuelas incompletas, a las que se permitía la concurrencia de alumnos de ambos sexos, que cohabitaban en un mismo espacio, con la “debida separación”. También había escuelas de temporada, servidas por maestros ambulantes. Y asimismo existían las llamadas “escuelas de amiga”, regenteadas por damas sin título, de acreditada moralidad y reconocido oficio, que acogían a las niñas para enseñarles primorosas labores y algunos rudimentos de piedad y letras.

Conviene señalar que la provincia de Soria dio, desde el despegue del sistema escolar, buenos indicios de que los municipios y las familias se interesaban por la educación primaria de los menores, más desde luego de los varones que de las niñas, para quienes no se consideraba tan necesaria la instrucción. En una sociedad predominantemente agraria de pequeños propietarios y jornaleros, la mujer quedaba relegada al ámbito de la casa, tanto en los años de infancia como en su madurez, tras el matrimonio.

Los libros de registro de asistencia a las escuelas rurales marcaban bien el ausentismo de niños y de niñas en las épocas de trabajo agrícola intensivo. A veces también se marcaban diferencias considerables en las asistencias a las sesiones escolares de mañana y de tarde. Ello tiene que ver mucho no sólo con la historia interna de la escuela, sino con la misma historia social de la infancia y con las condiciones de vida en función del sexo que imponía cada época.



Libros con nombre de mujer

Muchos de los libros destinados a la educación de las niñas solían titularse con el nombre de alguna mujer del común, en cuyo espejo se pudieran mirar las pequeñas lectoras. Carmencita, Flora, Juanita, Diana, Mari Sol... eran algunos de los nombres que “encarnaban” los modelos a imitar por las niñas.

*CARMENCITA.
LECCIONES DE UNA MADRE*

Obra editada por la prestigiosa casa Saturnino Calleja a finales del XIX, era un compendio de lecturas que reunía una miscelánea de conocimientos, fragmentos literarios y curiosidades acerca de distintas cosas útiles a la mujer, y que incluso se arriesgaba, con las reservas oportunas en cuanto a las avanzadas teorías de Charles Darwin, a recoger algunas opiniones del naturalista inglés, como las que sostenían que los dos atributos específicos del hombre y de la dama eran los de saber hablar y saber cocinar. Y esta última atribución se adscribía, como don particular, a la mujer, fiel mantenedora del arte culinario, un hecho de cultura determinante en la supervivencia de la especie humana.



S/P

*LA BUENA JUANITA.
LECCIONES DE UNA MADRE*

Obra traducida de la del italiano Pasquale Fornari, correlato del libro intitulado *Juanito*, prototipo de manual ejemplar destinado a los niños, un texto traducido a mediados del siglo XIX del italiano *Gianneto*, escrito por el educador piamontés Luigi A. Parravicini. La literatura infantil italiana de ese siglo gozó de gran predicamento en la España del XIX y comienzos del XX, siendo su máximo exponente el conocido *Cuore* de Edmundo de Amicis, publicado en 1886 con el título de *Corazón. Diario de un niño* por la editorial Hernando, la primera casa editora de libros para la escuela en España. Juanita era la “buena” niña, complemento del “buen” varón, mujer adornada de grandes cualidades y virtudes.



FLORA O LA EDUCACIÓN DE UNA NIÑA

Título de un conocido libro infantil de la polígrafa Pilar Pascual de Sanjuán, que tuvo numerosas ediciones desde fines del siglo XIX hasta bien entrado el XX. Pretendía ser un texto alternativo para las niñas, equivalente al *Juanito* de Parravicini, libro que había alcanzado desde 1838 en que salió la primera edición una asombrosa aceptación popular, según confesaba el editor catalán Faustino Paluzié. La autora parte de Flora párvula y llega hasta dejarla casada, “en perfecta disposición de ser tan buena esposa y madre como ha sido excelente hija”.¹



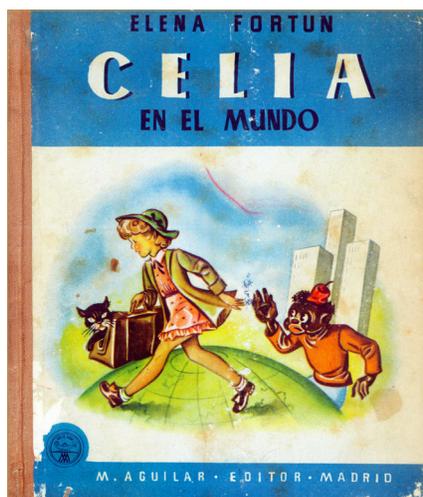
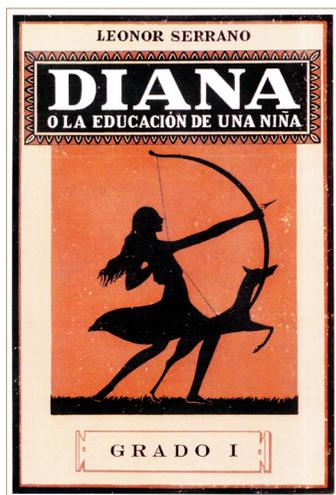
DIANA O LA EDUCACIÓN DE UNA NIÑA

Libro de lectura escolar dividido en tres grados, del que era autora la inspectora barcelonesa de educación primaria Leonor Serrano. Editado en los años treinta del siglo XX por Elzeviriana y Camí, respondía a una concepción moderna de la formación de la niña. La mujer del mañana habrá de salir de la casa al taller, a la fábrica, a la calle... Dirigirá otro tipo de familia muy diferente a la de procedencia. Tendrá que votar por un municipio, una región y un Estado. Sería preciso, pues, educarla para

¹ Pilar Pascual, *Flora o la educación de una niña*, p. 5.



otro modelo de vida. La obra nacía en el contexto de la nueva República. Diana no se recluirá ya en el estrecho mundo de la casa. Podrá salir a cazar fuera, como el varón. Por eso aparece pertrechada de arco y flechas.



CELIA EN EL MUNDO

Texto que formaba parte de la serie que la conocida escritora Elena Fortún lanzaba para las niñas. La serie inició en los años treinta del siglo pasado y se prolongó hasta la década de los cincuenta de la misma centuria con nuevos títulos: *Celia lo que dice*, *Celia en el colegio*, *Celia en el mundo*, *Celia y sus amigos*, *Celia madrecita*... El personaje Celia va descubriendo el mundo de la vida a través de las distintas etapas de su desarrollo, a partir del núcleo familiar y siguiendo por la escuela, los amigos y las puertas de la maternidad que la llevarán a repetir el ciclo de encuentros con los seres que prolongarán su biografía.

MARI SOL, DE PÁRVULA A MAESTRA RURAL

Obra, como *Celia*, en varias dimensiones que asocian la vida del personaje creado por Josefina Álvarez de Cánovas, una de las escritoras orgánicas de la literatura española de la posguerra, a las distintas etapas de la vida, desde la iniciática edad de párvula hasta la que le llevará a



consagrarse, con vocación confesa, como maestra rural, la profesión más espiritual y emotiva para una mujer que quiere ejercer el maternaje en su más amplio y universal sentido, más allá del marco constrictivo del hogar doméstico.

Carmencita, Juanita, Flora, Diana, Celia, Mari Sol y otras niñas educandas conformaron un rosario de “perlas” con las que construir e ilustrar a las mujeres del futuro el camino a seguir, desde la mitad del siglo XIX hasta bien entrado el XX. Ellas fueron, en cada momento, el personaje que representaba los atributos del mejor modelo a imitar. Los libros con nombre de mujer constituyen sin duda un género didáctico en la literatura para la infancia.



Egregias y ejemplares mujeres

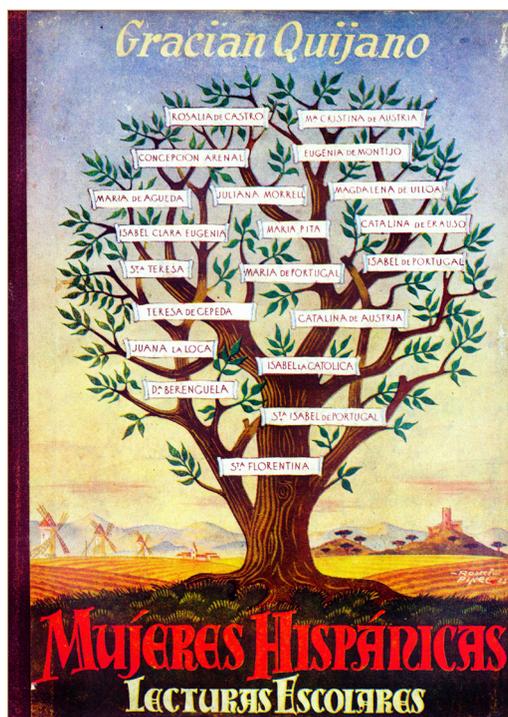
Si bien el reino de la mujer estaba en el hogar, el honor y la gloria no eran una exclusiva de los varones. La historia registraba atractivas biografías de mujeres ejemplares, a veces egregias, cuyas vidas se ofrecían en narrativas amenas y estimulantes a las niñas para despertar en su tierno corazón el amor a las virtudes y valores que aquéllas representaban.

Además, no era preciso buscar en el exterior modelos femeninos de alto gálibo teniéndolos en España tan notables en todas las esferas de la vida y de la cultura, aunque también convenía abrirse a mirar a ciertas mujeres de otros países que la historia universal ofrecía. La memoria de todas ellas transmitía enseñanzas intelectuales y morales de gran valor simbólico y real para la formación de las mujeres.

ANTOLOGÍA DE MUJERES ILUSTRES

Un buen ejemplo del mensaje que podía transmitir un libro escolar de lecturas sobre las mujeres ejemplares era el titulado *Mujeres hispánicas*, del que era autor un varón, el académico cordobés Graciano Quijano, quien en un gesto de cortesía hacia el “bello sexo” construía esta pequeña antología de mujeres ilustres, benéficas y santas. Algunos de estos florilegios de damas ejemplares, como el de Antonio J. Onieva, incluía a la soriana sor María de Ágreda, consejera del rey Felipe IV y escritora de altos vuelos literarios y místicos.

Las cubiertas de algunos de estos manuales son verdaderos textos que conceptualizan en imágenes los contenidos que inserta el libro. Funcionan en realidad como metáforas icónicas que comunican el *leitmotiv* de la obra. En cierto modo, podríamos afirmar que su diseño era la resultante de un consenso entre el autor, que sintetiza en portada su mensaje, el diseñador, que interpreta este motivo y lo transporta a imágenes y título, y el editor, que lo concibe en términos de *marketing*.



Cubierta del libro de lecturas *Mujeres hispánicas. Lecturas escolares*, de Graciano Quijano, publicado en 1945 por Ediciones y Publicaciones Españolas.

El libro *Mujeres hispánicas* muestra en portada una bella y eficaz metáfora orgánica, la del árbol, para presentar otro pensil de las niñas. Del árbol, con forma orgánica desde el tronco hasta las ramas y hojas, penden como frutos logrados y maduros las etiquetas con los nombres de mujeres ilustres, heroínas, inteligentes y reformadoras. Los personajes que representan las etiquetas son la resultante armónica que prueba que aquella “preciosa mitad del género humano” no era sólo un ornato de la sociedad sino la prueba de la contribución de las mujeres al progreso de la humanidad e incluso a la construcción de la nación española.

El estudio de la historia y de la literatura proporcionaría lecciones de alto poder de impregnación. El talento, la virtud o el valor que encarnaron aquellas mujeres de nuestro pasado glorioso inspirarían la regeneración que reclamaban los intelectuales y políticos de aquel tiempo. Mejor era sin duda la lección ética de las narrativas históricas



que la moraleja derivada de la fábula, tan en uso en las escuelas como género literario didáctico-moral apegado a la ficción. Así se advertía en el prólogo del libro *La educación de las niñas por las biografías de españolas y americanas ilustres*, obra que Casilda Monreal publicara en 1874.

Isabel la Católica, Leonor de Castilla, Teresa de Jesús, Beatriz Galindo, Agustina de Aragón, Mariana Pineda. También Doña Urraca, Juana de Arco, Catalina de Médicis, María Estuardo, Catalina de Rusia e incluso figuras bíblicas como la Virgen y María Magdalena, o de ficción, como Dulcinea del Toboso. Éstas y otras muchas eran mujeres paradigmáticas en las que debía centrarse la educación de las niñas. Todas ellas accedieron al templo de la gloria que el recuerdo debía perpetuar.

He aquí cuatro mujeres egregias que aparecen en la mayor parte de los libros de lectura para niñas:

Isabel la Católica

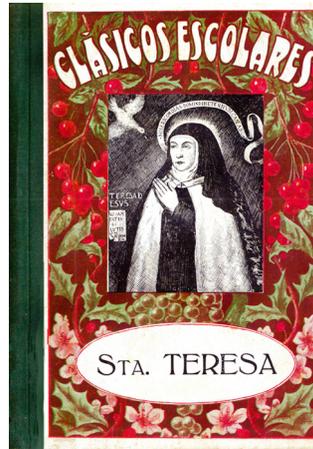
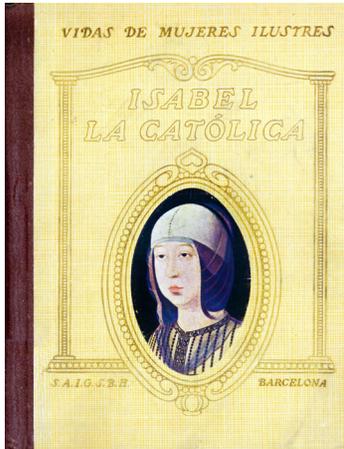
Reina decisiva en la finalización de la Reconquista, en la unión de Castilla y Aragón y en el nacimiento de España como nación. Impulsora de la gran empresa del descubrimiento de América y de la colonización cristiana de las nuevas tierras. Persona íntegra y ecuánime, la reina Isabel encarnaba grandes virtudes cristianas y soñaba con empresas políticas de gran alcance.

Teresa de Jesús

Santa y escritora, reformadora de la vida conventual de las mujeres entregadas a la vida religiosa, andariega incansable en su programa de impulso de nuevas fundaciones carmelitanas, creadora de la poesía mística, piadosa y trabajadora, mujer de mirada hacia lo universal, ejemplo para mujeres de varias generaciones y patrona reconocida de todos los reinos de España.

Así comienza este texto de 1934: “Santa Teresa de Jesús, honra de España, prez del sexo y gloria de la Iglesia”.





Portadas de libros escolares para niñas. *Isabel la Católica*, de Marina Luys, editado por Seix y Barral, Barcelona, 1941, y el tomo de la Biblioteca de *Clásicos Escolares* dedicado a Santa Teresa de Jesús, Barcelona, Tipografía La Educación, 1934.

Concepción Arenal

Escritora con benéfico y encomiable sentido de lo social, autora de numerosas propuestas para la mejora de la condición del pobre, del delincuente, del preso, del obrero, de la mujer..., esto es, de todos los menesterosos de la injusta sociedad en la que le tocó vivir, a quienes socorrió y defendió en varios foros de la vida pública, movida siempre por sentimientos de piedad hacia el desvalido y por un elevado talante de responsabilidad.

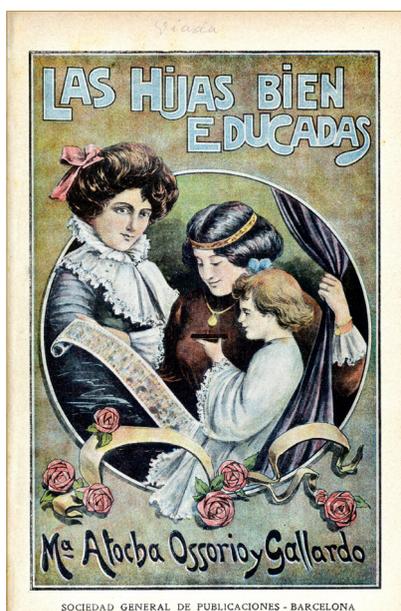
Agustina de Aragón

Mujer que con gran arrojo y valentía comprometió su vida personal en la resistencia aragonesa frente al invasor francés. Ella representaba la encarnación del heroísmo en la defensa de los valores supremos de la identidad y la libertad del pueblo en que vivía frente a los vecinos franceses, lo que la hizo merecedora de los honores militares que le fueron concedidos por el general Palafox y de la admiración de toda la ciudadanía.



Educación y condición social de la mujer

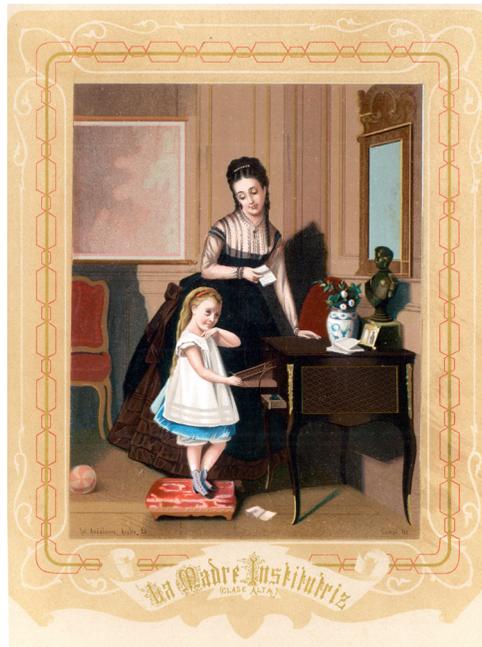
El estatus social y económico de las familias en la sociedad tradicional condicionaba obviamente las posibilidades de acceso a la educación formal de las niñas, e incluso determinaba su exclusión de las instituciones. Asimismo, la procedencia familiar de las mujeres y el contexto rural o urbano en que se desenvolvía la vida de las menores orientaba el modelo de formación que éstas recibían, los contenidos del currículum que cursaban y la duración de la escolaridad, así como otros aspectos relativos a su socialización cultural. Desde estos supuestos, no todas las mujeres tenían el mismo tipo de oportunidades.



Escenografía de clase acomodada correspondiente a la vida familiar que muestra la interacción entre adultos y menores en un contexto social definido, así como un modelo de educación femenina.

LA NIÑA DE CLASE SUPERIOR

En las clases superiores, donde aún sobrevivían algunas características de la sociedad estamental, las niñas podían asistir a internados o externados, dirigidos generalmente por congregaciones religiosas, o recibir enseñanza doméstica en casa a cargo de preceptores o institutrices. Las menores de las clases intermedias trataban de imitar los modos de formación de las superiores, si bien en ocasiones también se orientaron hacia las nuevas instituciones públicas, sobre todo en los entornos urbanos y en el nivel de la moderna segunda enseñanza. Las hijas de las clases populares tuvieron más dificultades de escolarización. Las mismas familias las excluían de esta opción formativa al destinar a las niñas, desde edades tempranas, a las tareas del hogar y al cuidado de los hermanos menores. El ausentismo, cuando las niñas acudían a la escuela, era por lo demás muy frecuente. Ello explica el diferencial sexual negativo de las mujeres en cuanto a las tasas de alfabetización.



Litografía que ilustra a la mujer de clase alta de la colección de láminas inserta en la obra de fines del siglo XIX *La educación de la mujer*, de la editorial Muntaner y Simón.



En la escena se muestra a la institutriz como tutora de una niña de clase alta, en un contexto social de claro tono aristocrático o burgués. Con la ayuda de esta preceptora, la niña educanda aprenderá a leer y a iniciarse en el delicado arte de la música desde una edad muy temprana, la que aún le exige un soporte para que su pequeño cuerpo pueda elevarse y alcanzar la altura del teclado del piano.

LA NIÑA DE CLASE INTERMEDIA

El amor materno representado en esta escena es uno de los valores paradigmáticos que habrá de asumir la niña bien educada. La temática de esta lámina representa a la madre de clase media que imita en buena parte los valores burgueses del maternaje, de la higiene y del confort, pautas que la niña observa con atención muy activa porque ella misma los ha de internalizar para poder practicarlos en el futuro, cuando haya de asumir la responsabilidad de las tareas de un hogar y la tutela de sus propios hijos.

La escena de la clase de lectura en la biblioteca, en un ambiente lúdico y bien animado por la maestra, es un buen ejemplo de cómo las hijas de las clases acomodadas, trascendiendo los estrechos círculos familiares y las prácticas tutoriales personalizadas, acudían a instituciones pedagógicas *ad hoc*, en las que se iniciaban en nuevos modos de sociabilidad. Estas imágenes ofrecen ya una representación de la escuela como institución de carácter público, abierta a la sociedad, aunque clasista en su composición real.



Escena de una sesión de lectura en la biblioteca de una escuela privada de Barcelona a la que asistían niñas de extracción burguesa y de clases medias. Publicada en 1934 por *La Vanguardia*.





Escenografía de la niña en un ambiente de clase intermedia que ha asumido los valores burgueses del confort y la higiene, de la serie Muntaner y Simón.

LA NIÑA DE CLASE POPULAR

Las niñas que aparecen en escena de la localidad extremeña de Las Mesas no iban a la escuela. Se socializaban imitando las conductas de los mayores del lugar. Vestían como sus madres, y se mostraban adoptando actitudes y gestos de los adultos y participando en los trabajos y los días imperantes en la comunidad, que practicaban y aprendían “por ósmosis”, a modo de rituales. La escuela llegará tarde a estos lugares y, cuando se instale, podía ser sólo de temporada y atender exclusivamente a los varones. Las niñas estaban por lo general excluidas.





Imagen de un día festivo en la comunidad rural de Las Mestas, en la comarca de Las Hurdes, Cáceres. Colección fotográfica de Vicente Gombau (1917).

La escenografía “La abuela” corresponde a otros contextos en los que la vida de las clases populares ya se ha iniciado en la valoración de la cultura letrada. Al calor de la lumbre, junto al fuego, la anciana lee a los niños y niñas de la familia relatos que los menores, ya iniciados en las prácticas lectoras, siguen con gran atención e interés. Esta actividad era muy frecuente en los medios rurales de la provincia de Soria, y en general de Castilla y León, y explica bien las posiciones avanzadas que nuestra provincia y región alcanzaron pronto en las estadísticas de alfabetización y lectura.





Escena intitulada "La abuela" de la serie de Muntaner y Simón que permite ilustrar las relaciones educación/clase social.



La entrada en la “isla del alfabeto”

Aprender a leer fue el primer objetivo de la educación formal de las niñas. Al igual que de los niños, en principio, aunque no siempre con la misma intensidad. A este respecto, la historia constata que las niñas dedicaron menos tiempo que los varones al aprendizaje lector, se iniciaron en él con mayor retraso o cursaron menos años en las clases de lectura. Los libros de lectura corriente se diferenciaban en función del sexo, aunque los hubiera de uso común, si bien los de iniciación podían ser los mismos para uno y otro sexo. Por lo demás, bastantes niñas salían de la escuela sin aprender a escribir, aunque lograran iniciarse en los rudimentos de la lectura.

SEMIALFABETIZACIÓN

No era fácil siempre esta iniciación, como muestra la imagen de la litografía de la escuela de clase popular que ofrecía la serie Muntaner y Simón, de finales del siglo XIX, en la que la niña aparece de rodillas y con orejas de burro, mientras la maestra sigue entregada a las rutinas de coser y bordar, que probablemente domina con mayor pericia que la práctica lectora. La imagen muestra un aula decorada en sus muros con carteles colgados que llevan impresas las letras del alfabeto. Esta disposición de los materiales de colgar facilitaba el aprendizaje individual, y a la vez el colectivo, de las letras y sílabas, siendo necesaria cuando las alumnas o los alumnos no podían disponer de cartillas de uso personal por la carestía de estos impresos y las limitaciones adquisitivas de sus familias.



Imagen de una escuela popular del siglo XIX inserta en la serie de litografías de Muntaner y Simón con carteles murales de lectura, ejemplo de disciplina y modelo de maestra dedicada a las labores.

Las niñas de las clases intermedias y populares estuvieron largo tiempo excluidas de la que algunos historiadores de la alfabetización llamaron la “isla del alfabeto”. Es ahora, con la implantación de la escuela pública en el siglo XIX cuando las niñas de los estamentos inferiores empezaron a aprender a leer y a alcanzar el grado de semialfabetización que suponía la iniciación lectora, un nivel de formación que no comportaba necesariamente el aprendizaje de la escritura.

DEL ABC A LA CARTILLA

Abecedarios, silabarios, catones, cartillas (a veces llamadas “doctrinas” por el contenido religioso de las frases y enunciados que utilizaban) y libros de lectura extensiva o corriente eran los manuales de los que la escuela se servía para instrumentar los primeros aprendizajes elementales de las niñas, al igual que de los niños. Muchos de estos textos eran propiedad de la escuela, ya que no todos los niños o niñas podían adquirir el manual por el elevado coste relativo que podía alcanzar el impreso. La



enseñanza colectiva con carteles, como se ha advertido anteriormente, también eximía de la adquisición personal de estos libros. Todos estos materiales de iniciación lectora eran utilizados por las sucesivas cohortes del alumnado que accedía a la educación escolarizada.

El abecedario iconográfico, que se presentaba en forma de carteles de colgar o en cartilla, mostraba los elementos primarios de las palabras: las letras. Los iconos, cuando los utilizaban, servían para asociar signo, palabra, letra e imagen. En la ilustración que aquí se inserta se muestra un bello y moderno ejemplar de abecedario escolar editado por la casa de Ramón Sopena, de Barcelona. En este caso y en otros, el abecedario se presentaba en formato libro, aunque los más comunes eran sin duda mucho más elementales y con frecuencia se incluían como primeras lecciones en las cartillas.

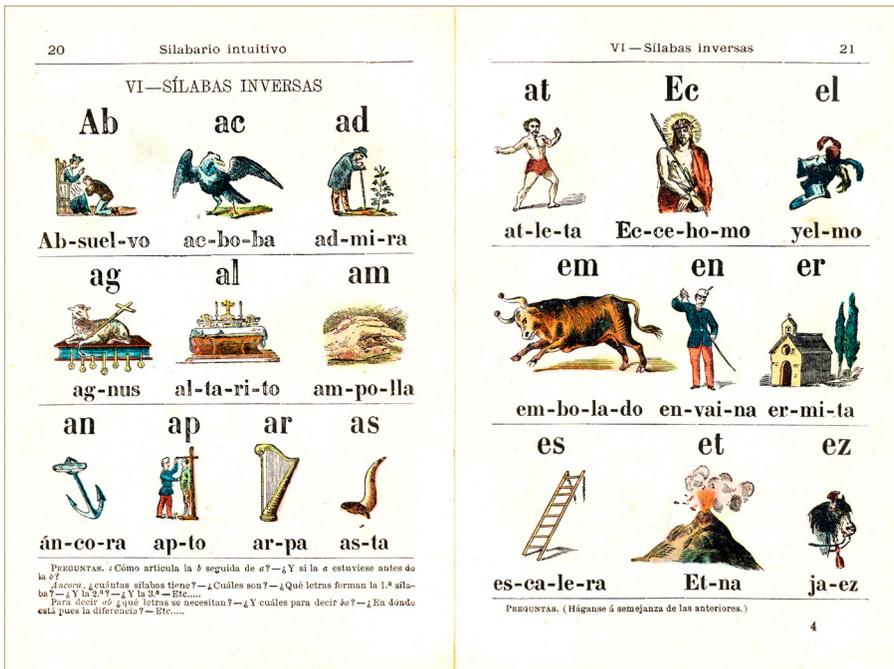
Tras la identificación de vocales y algunas consonantes, las niñas continuaban con el silabario que reproducía las diversas combinaciones de las letras y que las alumnas canturreaban a menudo en coro siguiendo las láminas murales, numeradas en lecciones, o las cartillas, denominadas con frecuencia “silabarios”. Los métodos tradicionales de enseñanza de las primeras letras iban de la letra a la sílaba y de ésta a la palabra para llegar a la frase. Eran pues procedimientos de marcha sintética.

Las cartillas de aprender a leer cubrían las distintas fases del aprendizaje lector, llegando incluso a la lectura de textos más complejos, como las oraciones de la religión cristiana, o las máximas morales (por lo que se denominaban también “catones”, en recuerdo de los dísticos del famoso escritor romano que retomó y difundió Erasmo de Rotterdam en el Renacimiento).





Abecedario ilustrado en cuatricomía intitulado *ABC*, de la editorial Ramón Sopena (Barcelona, 1931). Cubierta y página interior.



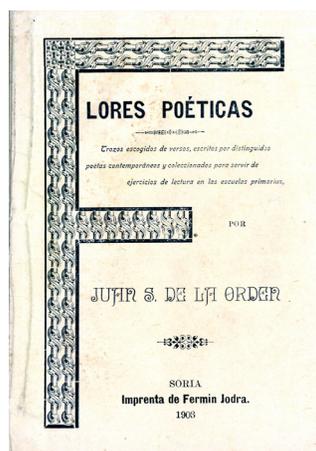
Página del *Silabario intuitivo* de la casa Paluzié publicado a fines del siglo XIX (1879).



Una vez iniciadas en las primeras letras, las niñas tenían acceso a libros de lectura corriente, textos adecuados a sus intereses y al modo de educación que la sociedad tradicional entendía apropiado a su condición y sexo. Los manuales con nombre de mujer que hemos presentado anteriormente eran libros de desarrollo lector para niñas ya iniciadas en los rudimentos de leer. También lo eran los que versaban sobre mujeres ilustres, vidas de santos, viajes por España, lecciones de cosas y selecciones literarias.

Algunos de estos materiales de iniciación a la lectura se imprimieron en Soria y su provincia. En primer lugar, haremos referencia a la *Cartilla* de Juan de Robles, editada por el impresor ambulante Diego Fernández de Córdoba en Berlanga de Duero, en 1565, un manual dedicado a la Marquesa de Berlanga, doña Juana Enríquez, para que por él pudiera ser enseñado a leer su hijo, don Íñigo Fernández de Velasco, futuro Condestable de Castilla. La cartilla servirá asimismo para la iniciación de las niñas.

En la ciudad de Soria, ya en pleno proceso de implantación de la cultura impresa, el editor de libros escolares más destacable a comienzos de la última centuria fue la conocida imprenta de Fermín Jodra, que dio a luz varios manuales destinados a la enseñanza, también de las mujeres. Más recientemente, conocidos inspectores de enseñanza primaria de la provincia, como Teógenes Ortego y Heliodoro Carpintero, fueron hacia la mitad del siglo XX acreditados autores de textos para la enseñanza de la lectura y el lenguaje.



Dos libros, de iniciación a la lectura el uno y de desarrollo lector el otro, editados en Soria. La *Cartilla del Condestable o Arte de enseñar a leer y escribir* de Juan de Robles (Berlanga, ca. 1565) y *Flores Poéticas* de la casa Fermín Jodra (1906).



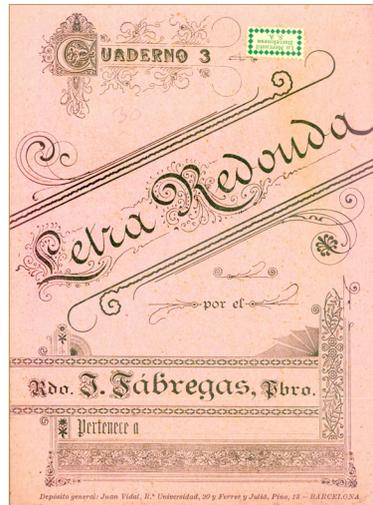
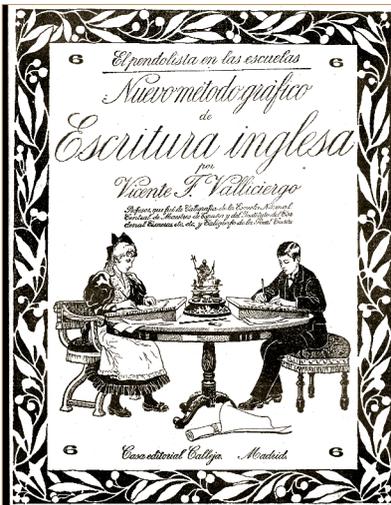
Escrituras de mujer

No todas las mujeres, como se ha subrayado con anterioridad, aprendían a escribir. La mayor parte de ellas se limitaban a aprender los rudimentos de la lectura. Desde el Antiguo Régimen hasta bien entrado el siglo XIX hubo incluso escuelas de “sólo leer”, como también las había de “ábaco” desde el Renacimiento. Las primeras estadísticas de alfabetización distinguían entre “saber leer” y “saber leer y escribir”. Este dualismo, que también afectaba a los hombres, se marcaba más en el caso de las mujeres, que no necesitaban, como los varones, el uso en la vida cotidiana de la práctica escritbana.



Escena que sirve de portada a una edición del método Rayas, de Ángel Rodríguez (Plasencia, 1954). La obra se editó por primera vez en 1905. La niña observa la pericia del niño al escribir. Ella seguramente lee, pero aún se encuentra en la fase iniciática de la escritura.

Quienes aprendieron a escribir siguieron los usos establecidos de la época. Las casas editoriales publicaron cuadernos seriados para pautar metódicamente y por grados los diferentes modelos de escritura: francesa, inglesa, itálica, redondilla e incluso gótica. A partir de la segunda mitad del siglo XIX se fue imponiendo el modelo de letra bastarda española, conformada a las reglas con que la definió el conocido pendolista José Francisco de Iturzaeta, inspector general de Instrucción Pública, en su *Arte de escribir la letra bastarda española* y la *Colección de muestras* (1827).



Cuadernos de escritura con letra redonda e inglesa usados en las escuelas como modelos caligráficos en las primeras décadas del siglo XX.

El análisis de los trabajos escolares ofrece una imagen más realista de lo que fueron las escrituras ordinarias de las niñas en la práctica. Cada alumna podía producir dos tipos de documentos escolares escritos: el que era resultado de la copia de modelos caligráficos, mejor o peor ejecutada, y el que resultaba ser expresión de la escritura personal o autográfica, influida por alguno de los patrones ejemplares pero más propia, también con mejor o peor ejecución, según la habilidad subjetiva de cada niña.

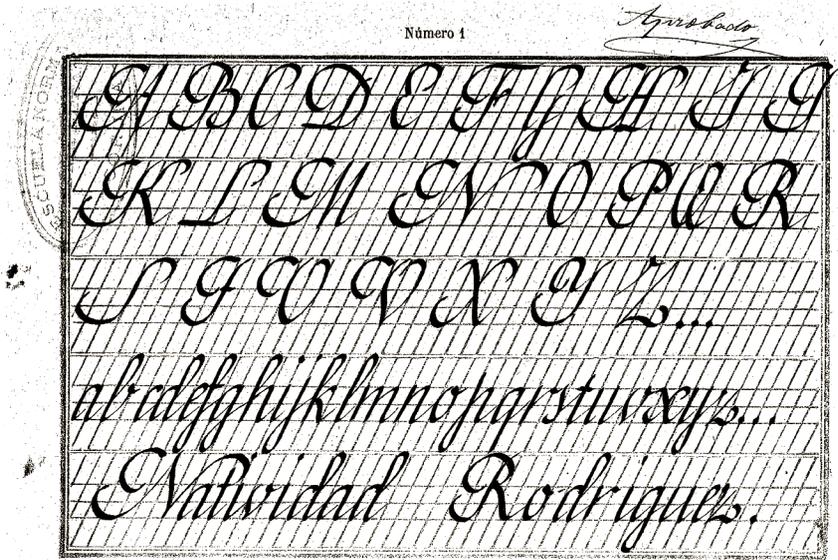


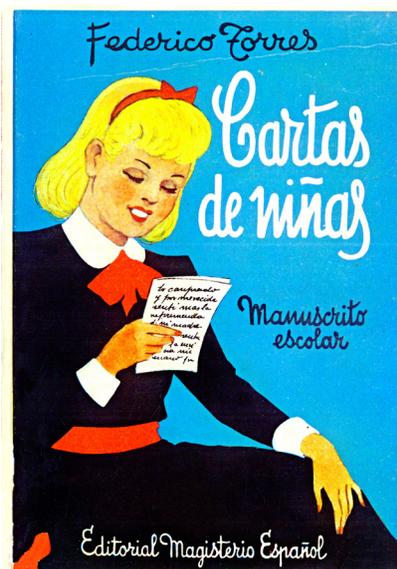
Lámina caligráfica de letra española tipo Iturzaeta.
Copia ejecutada a fines del XIX por una estudiante de maestra
de la escuela normal de La Coruña.

Los liberales españoles del siglo XIX intentaron imponer una letra nacional para romper con las tradiciones extranjerizantes de los calígrafos. Al igual que trataron de normalizar los sistemas de pesas, medidas y monedas con la introducción en la escuela del sistema métrico decimal, quisieron normalizar el uso de la letra española, un modelo sencillo, de fácil escritura y lectura, que pudieran aprender niños y niñas con facilidad. Las escuelas normales de formación de maestros y maestras jugaron un papel activo en la difusión de este patrón de escritura. La caligrafía fue una materia obligatoria de los planes de formación del magisterio, de ambos sexos, hasta las reformas educativas de la segunda mitad del siglo XX.





La niña ya sabe escribir y puede transmitir su destreza a otros menores.
Cubierta del libro de lectura *Mi Querida Escuela* (Barcelona, Editorial Roma, 1959).



Manual de modelos de cartas para niñas con letra manuscrita
de Federico Torres (Madrid, El Magisterio Español, s. a., ca., 1950).



La diversidad de modelos y prácticas escribanas condujo a la creación de un género textual específico que se materializó en los manuales denominados “manuscritos escolares”. Estos libros ofrecían no sólo diferentes modelos de escritura, sino tipologías de documentos escritos de uso en la vida cotidiana (cartas, anuncios, oficios, pólizas, letras mercantiles, pagarés, invitaciones, pésames, saludas, contratos, cheques, documentos administrativos, etc.). Niñas y niños aprendían en estos textos a leer y a escribir siguiendo las pautas que se proponían para su imitación.

Los cuadernos de escritura son el espejo más realista del nivel de pericia y de calidad estética que alcanzaron las mujeres en la escuela. En estos soportes se plasmaron no sólo las escrituras sino también los ejercicios de aplicación escolar en que se proyectaban las lecciones de las distintas materias del programa, así como las ilustraciones con que se reforzaban los contenidos de la instrucción. En ellos se pueden observar asimismo las formas de rotulación de títulos y epígrafes y las de escritura corriente.

Confieso haber recibido de D^a Lutgarda Jarriol la cantidad de ciento veinte pesetas que me debía, y este recibo valga por cancelación y finiquito de la citada deuda.

Atorga 15 de julio de 1886

Gumerindo Flores.



Ejemplo de recibo de dinero en la *Guía de la mujer* de Faustino Paluzié, Barcelona, 1913, p. 42.



Los manuales de hace un siglo definían la economía doméstica como un “arte”, esto es, como un saber fundamentado en conocimientos positivos y metódicos para enseñar a disponer con orden y buen criterio de los recursos disponibles de la casa. Este arte permitiría organizar con racionalidad “científica” la distribución de los tiempos y las tareas del hogar, así como prever las reservas necesarias para hacer frente a las necesidades eventuales que pudieran presentarse en la vida cotidiana de una familia.



Dos ejemplares de la *Guía de la mujer*, editados por la casa Paluzie de Barcelona. En ellos se compendian los saberes prácticos para el gobierno de la vida doméstica.

Este arte de lo económico se plasmaba en la llamada “aritmética del hogar” y en los escritos a que daba origen la gestión de los asuntos de la casa. No se debían confiar a la memoria, en ningún caso, tan importantes cuestiones. Mejor sin duda era llevar buena nota y registro de todas ellas en un libro o cuaderno que diera “cuenta y razón” de los ingresos disponibles y de los gastos previsibles y efectivos en la vida familiar.



VARIAS CUENTAS DETALLADAS

D.^a Concepción de Camps, a Jesusa Guillén
modista, Debe:

| | |
|-------------------------------------|------------------|
| Por hechuras de un vestido..... | 30 pesetas cént: |
| Por forro de la falda..... | 4 " 75 " |
| Por ballenas | 1 " |
| Por 1 docena de botones novedad.... | 3 " |
| Por percalina..... | 1 " 50 " |
| Por cordón para el bajo de la falda | 1 " _____ |
| Total P. E. u O..... | 41 " 25 " |

Ripoll, 2 de Mayo de 1880.

Ejemplo de manuscrito inserto en la *Guía de la mujer* de Paluzié, ya citada, relativo a los costes de un vestido, una práctica habitual en la denominada "aritmética de modistilla".

En relación con lo anterior, la mujer se concebía como una gobernadora del hogar, y ello conllevaba que tuviera que acercarse al conocimiento de algunas reglas de la aritmética elemental y a los rudimentos de la cultura escrita. También hubo de familiarizarse, para el correcto diseño y trazado de los vestidos, con ciertas reglas de lo que un autor llamó, con cierta intención despectiva, la "aritmética y geometría de modistilla". Una de las ediciones de la *Guía de la mujer* de Faustino Paluzié de comienzos del siglo XX, que se inserta en esta publicación, presentaba a la señora de la casa sentada junto a su mesa-escritorio y en actitud de ejecutar las anotaciones contables de la administración de la vida familiar.

El manual de María Baldó titulado *El libro del hogar*, editado en Burgos por Hijos de Santiago Rodríguez en 1932, proponía entre otras cosas modelos aritméticos contables de aplicación en la casa, como una tabla de ingresos y gastos que podía adaptarse al día, a la semana, al mes e incluso al año. Concebía el hogar como un "centro de interés", alrededor del cual quedarían agrupadas diversas cuestiones del programa didáctico, como la higiene, la fisiología, el lenguaje, la biología, el arte, etc. Todas las disciplinas escolares convergen en el hogar como núcleo de preparación de la niña para la vida cotidiana.



Los capítulos de este curioso manual versaban sobre la vivienda, la organización material de la casa, el mobiliario, la decoración, la calefacción, la alimentación (con seis apartados), el vestido, los hijos, la salud y la vida social. Un detallado vademécum para formar a la mujer de aquel tiempo en orden a la buena gestión de todos los asuntos que afectaban a la vida doméstica.



Portada de *El libro del hogar* de María Baldó, editado en Burgos por Hijos de Santiago Rodríguez en 1933.



Urbanidad y buenas maneras

La tratadista Pilar Pascual de Sanjuán, regente de la escuela de prácticas anexa a la escuela normal de Barcelona, autora del libro *Flora o la educación de una niña*, define la urbanidad como “el conjunto de reglas a que debemos ajustar nuestras acciones para hacer amable el trato en la sociedad”. Carecer de urbanidad equivaldría, según se lee en su tratado sobre el tema, a estar mal educada. La urbanidad sería pues la disciplina que corona la buena educación de una niña.

CORTESÍA Y URBANIDAD

La cortesía era la urbanidad más refinada. Una y otra podían considerarse un complemento de la caridad, según escribe Joaquín Roca, otro tratadista de la materia, que definía la cortesía como “la habitud de portarse con todos, así en palabras como en acciones, con agrado, delicadeza y circunspección”. Cuando no era afectada, la cortesía formaba parte de la virtud, “el fruto más bello y precioso de una educación esmerada”. “En las niñas, nacidas para el agrado y el cariño, la cortesía ha de ser como innata y habitual”;¹ concluía el autor de este prontuario publicado en 1862.



Los manuales de urbanidad podían ser diferenciados en función del sexo. Estas son las cubiertas de dos pequeños epítomes sobre la materia de la casa Calleja.

¹ Joaquín Roca, *El mentor de las niñas*, p. 3.

Niñas y niños estudiaban tratados de urbanidad en parte diferentes porque distintas eran algunas de las reglas que normaban la conducta de unas y de otros en la casa, en la iglesia, en la calle, en la escuela y en todas y cada una de las situaciones sociales en las que se podían encontrar.



Cartilla de urbanidad para niñas de la editorial Luis Vives, con formato verbo-icónico secuenciado. Obra de 1927 ilustrada por Alfredo Opisso.

Algunas cartillas de urbanidad, como la ilustrada por Alfredo Opisso, de 1927, ensayaron la versión verbo-icónica del texto para mostrar de forma intuitiva los comportamientos evitables y los deseables en las distintas áreas y situaciones sociales que podían afectar a las relaciones humanas. Ello significó todo un avance metodológico y estético, que acogía el principio de la intuición, muy difundido ya en otros ámbitos de la educación escolar.



Francisco Martínez de la Rosa publicó, en 1843, una colección de máximas que traducían a dísticos fáciles de memorizar los consejos morales y sociales que debían aprender y seguir niños y niñas. El libro fue reeditado en numerosas ediciones a lo largo del siglo XIX y primera mitad del XX. Las máximas pasaron a formar parte de las llamadas escrituras expuestas, exhibiéndose en los muros de las aulas y de los pasillos de los centros, e incluso en los exteriores de los edificios escolares, como en el caso de las escuelas de Becerril de Campos, Palencia, en las que cada ventana ofrece, en firme y duradera epigrafía, una de las máximas de este representante del romanticismo literario y pedagógico. He aquí algunas de las máximas de urbanidad femenina en verso:

Si salud y dicha quieres,
pon límite a los placeres.

El pudor es un esmalte
que preserva y da resalte.

El aseo en la mujer
aumenta el buen parecer.

El pudor en la doncella
la hace parecer más bella.

No desprecies los consejos
de los sabios y los viejos.

Inspirado en estas máximas morales, el autor de *El pensil de las niñas o principios de urbanidad y decoro propios del bello sexo*, el presbítero de Manresa don José Codina, publicó la colección de sentencias, de las que seguidamente se transcriben algunas. No eran reglas de urbanidad *stricto sensu*, sino consejos para fundar una ética de la mujer en la sociedad tradicional.



La piedad al bello sexo
es un sentimiento anexo.

Ni infiel, ni supersticiosa,
debes ser, sino virtuosa.

No seas desaliñada
ni en las modas extremada.

Guarda una postura honesta
y en el mirar sé modesta.

Tan solo una descarada
fija en otro su mirada.

Prefiera al mundano trato
una doncella el recato.

Si en calma vivir anhelas
no te des a las novelas.

Desechad adornos vanos
y pasatiempos livianos.

Poco aprecia la labor
la amiga del tocador.

Mujer que gasta sin tasa
la ruina es de su casa.

Antes, niña, no te cases
considera bien lo que haces.

Hasta el más feliz enlace
pesado un día se hace.





Epigrafía exterior con máxima de Martínez Marina en una de las ventanas de la escuela de Becerril de Campos, Palencia (1917).



Las labores propias del sexo

Bordar y tejer eran también escrituras femeninas. Sobre tela, y menos en papel o en otros soportes, las jóvenes educandas fueron aprendiendo en la escuela a construir textos con esmero y pericia. Mientras los niños cursaban agricultura o se iniciaban en los oficios mecánicos que les podían orientar hacia las profesiones, las niñas se entregaban con ilusión y sostenido empeño a trabajar en las “labores propias de su sexo”, que las preparaban para poder asumir con competencia las tareas de la vida en el hogar.

COSER, BORDAR, CANTAR

La disciplina que los legisladores del XIX denominaron “labores propias del sexo” confirieron perfil e identidad al currículum femenino. Las mujeres podrían acceder a diversos conocimientos, pero sobre todo debían pertrecharse de los saberes que permitieran asegurar un buen gobierno del “hogar”, el nicho ecológico al que estaban destinadas por su misma condición de futuras madres y esposas, o de hijas. Y entre estos conocimientos eran de destacar, además de los de higiene y economía doméstica, las “labores”. Tal saber, que comenzó a configurarse en el siglo XIX, llegaba a su plenitud como rúbrica curricular en las primeras décadas de la posguerra, con las contribuciones que hicieron algunas organizaciones paraescolares como la Sección Femenina del Movimiento¹ y otras.

¹ La Sección Femenina (SF) fue la rama femenina del partido Falange Española y posteriormente de FET de las JONS. Fue constituida en Madrid en 1934 y llegó a funcionar durante 40 años, siendo disuelta tras la muerte del general Franco y el consiguiente desmontaje del régimen.



Sala de la clase de labores en un colegio de monjas de la ciudad de Bilbao a comienzos del siglo XX. Nótese la concentración que niñas y maestras muestran en la escena bajo la protección de la imagen religiosa de la hornacina y al ritmo que marcaba el tic-tac del reloj. Todo un ritual de tiempos y movimientos.

Los horarios de clase del siglo XIX y comienzos del XX podían llegar a asignar a la enseñanza de las labores hasta 30 o 40 por ciento del tiempo total de escuela, una cuota que era equivalente a la suma de las asignaciones atribuidas a las asignaturas de lectura, escritura y aritmética. Este era el tiempo escolar de coser y bordar, en ocasiones de cantar y aun de rezar, prácticas que acompañaban en coro a las niñas tejedoras y a su maestra. En el caso de los niños, las últimas materias instrumentales solían ocupar el doble. Por otro lado, la elevada carga horaria de las “labores” no se equilibraba con la que los varones dedicaban a la agricultura.





Dos manuales específicamente destinados a las mujeres, relativos ambos a la enseñanza de las labores: *La niña hacendosa* y *El vestido*.

En las escenas de la vida familiar que ilustran los manuales escolares de lectura es frecuente observar que la madre y las niñas cosen y bordan, mientras el padre hojea la prensa y el niño lee o maneja un libro. Estas tareas definen el modelo de “niña hacendosa”, entregada a las tareas demandadas por la marcha de la casa, y el de niño orientado hacia los saberes que le permitirán abrirse camino en la sociedad del futuro.



El cabás era la caja o maleta en la que las niñas llevaban a la escuela el utillaje necesario para la práctica de las labores.



Maestras con oficio y con título

La profesión de maestra era una de las aspiraciones que las niñas de las clases medias urbanas, y aun de las populares, tenían como meta para elevarse de las rutinas a que abocaba su destino en el seno de la vida familiar. A ella se podía llegar por dos vías: titulándose en la escuela normal provincial, o recibiendo de ella un certificado de aptitud para el desempeño de la actividad en escuelas incompletas; o aprendiendo en la práctica el oficio, ejerciendo un tiempo de auxiliar bajo la orientación de una maestra acreditada.



Imagen de una escuela rural de Galicia de comienzos del siglo XX, la llamada escuela de Doloriñas, representada en este óleo que Julia Minguillón pintó en los años cuarenta. La maestra, en su propio domicilio, regentaba con oficio y severa disciplina la vida escolar de niños y niñas de aldea.

Doloriñas, la maestra del cuadro de Julia Minguiñón que se muestra aquí, debió ser una enseñante ejemplar de Galicia en lo que se refiere a las acreditadas artes de su oficio. Obsérvense en la imagen de la pintura los elementos que configuraban este sencillo y familiar ecosistema escolar: habitáculo doméstico con ventana abierta al paisaje rural en que se inserta la casa; niños y niñas de diversas edades en régimen de cohabitación natural o espontánea; bancos corridos y banquetas individuales donde se sientan los menores; maestra en lugar central de la escena con severa mirada y actitud, con el libro de lectura y la vara, un instrumento éste que se podía utilizar para señalar pero también para disciplinar; manual de lectura y pizarra de escribir de uso personal; clima de la clase entre familiar y formal. Conviene advertir que la coeducación no estaba autorizada en la época, salvo en los casos en que la suma de niños y niñas no diera para abrir dos escuelas diferenciadas por el sexo. En esto operaba la lógica económica.



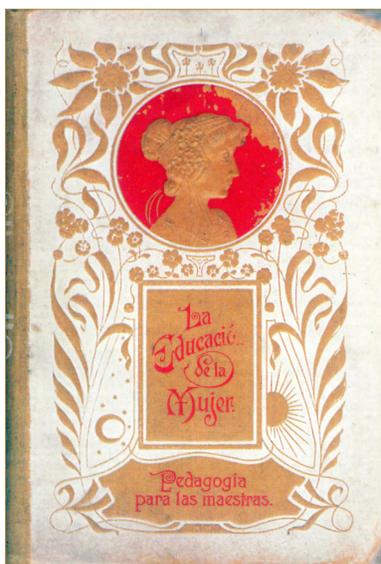
Ser maestra, como en el caso de Mari Sol, fue una aspiración de muchas mujeres de clases medias y populares. Ésta era una de las primeras profesiones que podían cualificar a la mujer y liberarla (sólo en parte) de las tediosas disciplinas del hogar.

En la arena escolar, la mujer podía además cumplir con su misión de maternaje, extendiendo su influencia a otras niñas y otros niños.



Este era sin duda el ambiente dominante no sólo en las escuelas gallegas sino en las de otros muchos medios rurales y urbanos de la España tradicional. Hasta que las escuelas pudieron instalarse en espacios con arquitecturas *ad hoc*, la enseñanza elemental se podía impartir en lugares muy diversos, como casas, porches, almacenes, pósitos, salas de conventos, sacristías y hasta en cuevas, como ocurría en el caso de algunas de Guadix, Granada.

El programa formativo de las escuelas normales femeninas era en parte como el de los varones, aunque más sucinto en cuanto a los contenidos instructivos y con marcado énfasis en todo lo relativo a las labores propias del sexo. Excluía obviamente algunas materias como la agricultura y reducía los tiempos asignados al estudio de los contenidos instrumentales de leer, escribir y calcular y de los rudimentos de las disciplinas científicas y humanísticas. En cambio, el sistema pedagógico en que se sustentaba el plan de formación de las maestras reforzaba los valores asociados al maternaje, que era el eje transversal del *ethos* que informaba toda la educación de la mujer.



La educación de la mujer es un texto pedagógico de comienzos del siglo XX editado en Barcelona por la casa Muntaner y Simón para la formación profesional de las maestras en los conocimientos y artes del oficio de enseñar.



Conviene subrayar dos hechos en torno a la formación de las maestras: uno, que en algunas provincias españolas no se estableció la escuela normal femenina hasta bien entrado el siglo XX, y que hasta la reforma Villar Palasí, de 1970, no se unificaron los planes de estudio vigentes para varones y mujeres. Ello comportaba que las mujeres dedicadas a la enseñanza elemental fueron durante mucho tiempo personas con oficio, pero sin formación académica en las instituciones normalistas.

También hay que anotar que incluso el denominado plan profesional de la Segunda República, del año 1931, avanzado en tantos aspectos pedagógicos y sociales, no se desprendió del todo del sexismo tradicional. Como es bien sabido, la República promovió la enseñanza mixta en las normales, al igual que lo hizo como medida generalizada en la escuela pública, lo cual era una innovación histórica, pero aún conservó como materias formativas de las futuras enseñantes las labores y las denominadas enseñanzas del hogar.

Aunque en menor medida que los maestros, algunas mujeres tituladas también asistieron a las conferencias pedagógicas, separadas de los varones. En ellas se impartían conocimientos pedagógicos sobre la educación infantil, al tiempo que se intercambiaban experiencias prácticas. Más adelante, con la República, todas las maestras se incorporaron a los centros de colaboración que los inspectores convocaban en las cabeceras de comarca de cada provincia.



Higiene para el cuerpo, piedad para el alma

La higiene comenzó a invadirlo todo a medida que los modos y estilos de vida de la burguesía se impusieron como necesidad y como moda. Heloisa Pimenta ha hablado de la higienización de las costumbres como un transversal del programa de modernización que las sociedades modernas impulsaron durante los años de entresiglos.¹ En nuestro país, el médico Pedro Felipe Monlau, profesor del Instituto San Isidro de Madrid, sentó a mediados del siglo XIX las bases de la nueva ciencia de la higiene privada y pública.

La higienización de la sociedad debía empezar en el hogar y continuar en la escuela. Luego afectaría, de forma holística, a todas las esferas de la vida cotidiana, al urbanismo de las ciudades, a las arquitecturas institucionales, a la regulación de la prostitución, al encauzamiento del pauperismo y la delincuencia y a la regulación de otras patologías de la vida comunitaria y a la armonización de los tiempos de trabajo y ocio de los niños y de los adultos.



Manual escolar de Higiene y economía de Victoriano F. Ascarza, de la serie “La Niña Instruida” (Madrid, Magisterio Español, 1939). El texto se completaba con las aplicaciones de la higiene a la medicina y la farmacia domésticas.

¹ Heloisa Pimenta, *A higienização das costumes*, p. 12.

Todo era pues higienizable. Como “arte de conservar la salud de los pueblos”, la higiene era una especie de disciplina sistémica y totalizadora, próxima a la “ciencia del gobierno” y a las estrategias globales de policía social y de buenas costumbres, capaz incluso de “asegurar la paz conyugal y de educar bien a la familia”,² como se podía leer en uno de los tratados de aquel tiempo sobre la materia.



Imagen de portada de una revista editada a comienzos del siglo XX alusiva a la función de la madre como cuidadora de la salud de todos los miembros del hogar.

La Ley Moyano, de 1857, dispuso la inclusión en el programa de las escuelas de niñas de una materia denominada “ligeras nociones de higiene doméstica”, lo que dio origen a una notable floración de manuales para la enseñanza de la disciplina. El mismo Felipe Monlau publicaba, en 1860, unas *Nociones de higiene doméstica y gobierno de la casa*, un libro que alcanzó numerosas ediciones y que sirvió de base a la construcción

² Pedro Felipe Monleau, *Elementos de Higiene privada*, p. 5.

del código disciplinar que transmitieron después los textos escolares de la época y de años posteriores.

Los tratadistas distribuían los contenidos de la higiene en tres ámbitos: el de la higiene doméstica, que se ofrecía en forma de preceptos y consejos para ordenar saludablemente la vida del hogar, el nicho ecológico de la vida familiar; el cuidado del cuerpo, que se disponía en una serie de máximas de la sabiduría popular y de la medicina moderna; y el correspondiente a la economía doméstica, otro campo de saber que afectaba al hogar y a su gobernadora, la mujer.



Imagen del libro que el gobierno franquista publicó en 1964 para conmemorar los XXV Años de Paz, ensalzando los logros del gobierno en materia de sanidad infantil.

LA DONCELLA PIADOSA

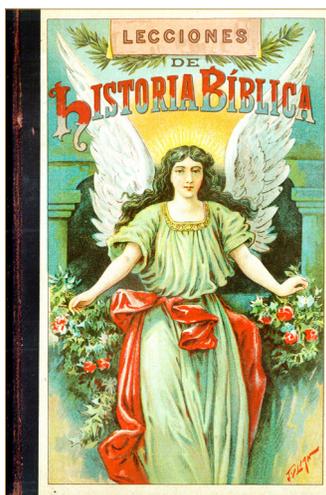
Higiene y piedad, dos piedras maestras en la educación de la mujer tradicional que había de ser al mismo tiempo cuidadora de los cuerpos, del suyo y de los demás, y alma de la vida doméstica. El autor del libro *La doncella cristiana*, publicado en 1874, escribía lo que sigue al referirse a la educación de la mujer en la piedad y en las aconsejables prácticas de la religión.

Paloma misteriosa, tu virtud perseguida por el enemigo de las almas encontrará también un asilo protector en el recinto de la escuela cristiana, y la libraré de todo peligro.



No lo olvides jamás, hija mía, tu corazón es el jardín del Esposo celestial, es el vergel elegido donde deben nacer con abundancia los lirios de una pureza sin manchilla, y las rosas de una piedad viva y ferviente. Fórmate pues un sistema de vida interior y exterior por medio del recogimiento, la modestia y la instrucción religiosa puesta bajo el cuidado y la vigilancia. No des cabida en tu alma a las engañosas ilusiones del siglo, rodea tu corazón del santo temor de Dios (...) Ama el silencio del alma, el recogimiento de los sentidos.

Entre la higiene para el cuerpo y la piedad para el alma, la mujer había de encontrar un equilibrio armónico que nunca pusiera en juego la prevalencia de los valores de la religiosidad. La castidad y el decoro en el cuerpo han de evitar que los excesos en la higiene puedan dar pie a actitudes pecaminosas e inmorales, como las que se exhibían con ciertas modas de la indumentaria “moderna” de las mujeres. Cuidado también en cuanto a las lecturas peligrosas para el alma. Tales avisos moralizantes encontrarían, como comenta Carlos Fisas al introducir el facsímil de este tratadito de la mujer cristiana, el contrapunto en las grandes narrativas del XIX que despertaron el interés de las lectoras, no siempre confesado, por *Ana Karenina*, *La Regenta* o *Madame Bovary*, entre otras.



Lecciones de Historia Bíblica para alumnos de uno y otro sexo,
de José Ildefonso Gatell, Barcelona, Antonio Bastinos, 1899.



Las niñas, además del catecismo al uso en su época y región, tuvieron a su alcance lecturas bíblicas y moralizantes. La historia humana en estos textos se presentaba como una continuación de la historia sagrada o como una prolongación de la obra de la Creación. Además, esta historia servía de prolegómeno a las prácticas morales que la religión católica prescribía. Desde los anteriores presupuestos, los libros de lecturas incluían consejos como los que siguen:

Nada busques con ansia y con anhelo
sino el camino que conduce al cielo.

La oración tierna purifica el alma
y al triste corazón vuelve la calma.

Ama tu Dios con íntima ternura
y de su protección está segura.

Hasta las frescas matizadas flores
deben a Dios su esencia y sus colores.



Catecismo para niñas de la editorial Calleja, 1898. La niña devota ante María y el Niño en un entorno florido.



Recato y pudor

Ya lo vimos en los dísticos del poeta Francisco Martínez de la Rosa: además de practicar las buenas maneras, la niña bien educada había de ser prudente, recatada y discreta, en el hablar, en el vestir y en el actuar. Su lenguaje estaría modulado por las reglas de la cortesía y el bien hablar. El vestido, que ella misma debía fabricar con economía y arte, se acomodaría al recato y a las convenciones vigentes en la sociedad. El actuar se limitaría a las solicitudes del hogar, que igualmente gobernaría con moderación y tacto.

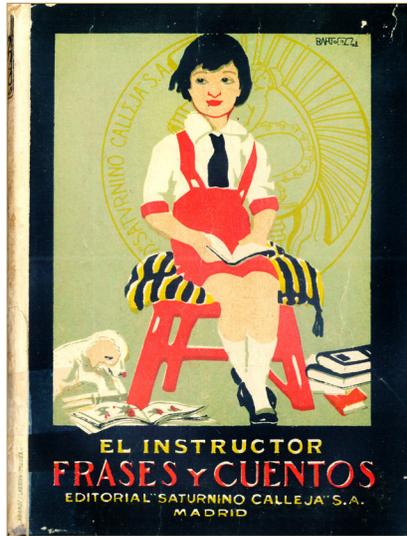
LA PRUDENCIA EN LA MUJER

El autor de *La buena Juanita* lo advertía de modo inequívoco, y lo hacía además de forma lírica para su mejor memorización por parte de las menores.

Los modales de las niñas bien educadas
deben ser como las tapias del jardín del cura:
flores y no espinas.

Es un jardín hermoso,
niñas, el alma,
y el cuerpo es el cercado
que la resguarda.

Guardad el cuerpo,
y guardaréis las flores
que tiene dentro.

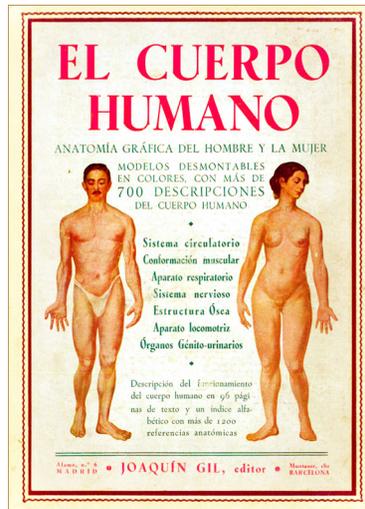


Moderna pero recatada. Así diseñó Salvador Bartolozzi la niña que le encargó el editor Saturnino Calleja para un manual de lectura, innovador en cubierta aunque tradicional en su interior, s. a. (ca. 1910).

ANATOMÍAS DE ESCUELA

Las imágenes de anatomía que circularon en las escuelas en los siglos XIX y XX trataron de ocultar, como dispositivo y señal de pudor y recato, los órganos sexuales externos del hombre y de la mujer, eludiéndolos con ropaje *ad hoc* o difuminándolos en la iconografía hasta hacerlos prácticamente invisibles. Cuando estas anatomías muestran el feto de la mujer embarazada lo hacen sacándolo fuera del cuerpo de la madre, a fin de ocultar la procedencia “natural” de los recién nacidos, y de salvaguardar de este modo la doctrina de la Iglesia en la materia.





Cubierta de un atlas anatómico de uso escolar, editado a comienzos del siglo XX, con las censuras iconográficas que la costumbre y la Iglesia imponían. Este texto incluía unas 700 referencias dibujadas con gran precisión, pero manipulaba con discreta censura las referidas a la sexualidad. *El cuerpo humano* del editor Joaquín Gil, Barcelona, 1920.

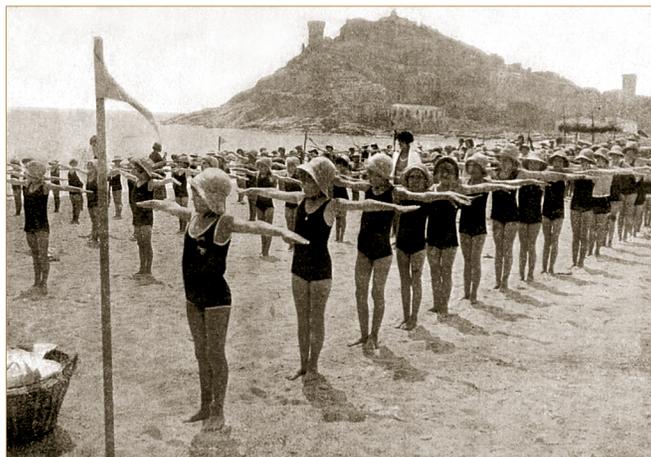
Se replica en parte con estas ocultaciones, que en otros grabados se presentan incluso mediante seres asexuados, el modelo que Alberto Durero propuso en los lejanos orígenes de la modernidad. Esta estética del pudor, reforzada históricamente por largos siglos de censura, ha marcado la iconografía escolar del modelo de hombre y de mujer. Por lo demás, el detalle de que la imagen sólo oculte a veces el sexo del varón podría ser expresión de un prejuicio implícito de género, según señalaría sin contemplaciones la crítica de nuestro tiempo.

La incorporación de los baños de sol a las prácticas pedagógicas innovadoras derivadas del higienismo dio pie a la introducción de cierto naturismo en la vida de las escuelas. Obsérvese en la imagen adjunta cómo algunos niños, varones en este caso, rompen en parte con la disciplina del pudor y muestran el cuerpo con cierta naturalidad. No hemos podido comprobar que estas mismas actitudes pudieran darse en el caso de las niñas, que seguramente estaban más condicionadas por las reglas del recato. La imagen de la colonia de Tossa de Mar¹ que se acompaña

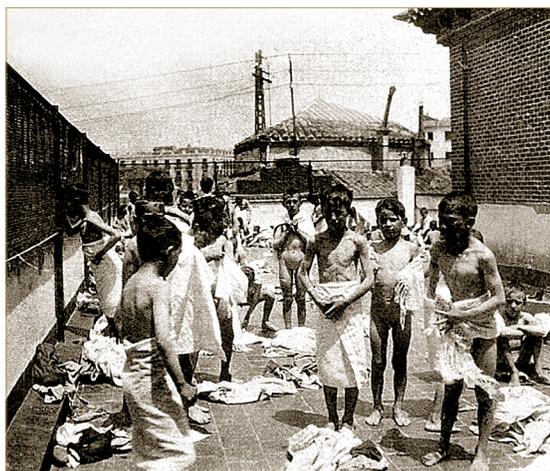
¹ Ayuntamiento de Barcelona, *Colonias escolares*, p. 67.



más bien parece apoyar esta visión restrictiva de la exhibición corporal en el caso de las mujeres. La moderna arquitectura de las escuelas incorporó como espacios las terrazas y los patios, lugares que sirvieron para dar acogida a los juegos y a las actividades relacionadas con la higiene.



Escena de colonias escolares en la playa de Tossa de Mar, Barcelona, correspondiente a la década de los años veinte. En esta coreografía al aire libre, las niñas cubren sus cuerpos con ropas de baño que responden a los criterios de recato y pudor que la época permitía a las menores.



Escena de baños en la terraza del colegio Miguel de Cervantes de Madrid en los años veinte. Recato e incipiente nudismo naturalista.



Escenografía de baños en la Escuela del Mar de Barcelona, también de los años veinte, con niños y niñas.
Ayuntamiento de Barcelona, *Colonias escolares*, p. 53.

Estos nuevos espacios fueron ámbitos lúdicos en los que se podían afirmar comportamientos menos formalizados, más espontáneos y nuevas formas de sociabilidad infantil.

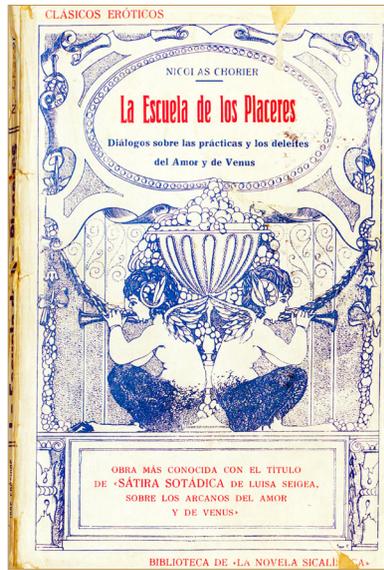


El modelo de formación de la mujer en la sociedad tradicional era muy hermético y sólo muy excepcionalmente permitía algunas innovaciones que no fueran incompatibles con el sistema. Por lo demás, estas novedades, aun las más laicas y privadas, se insertaban dentro del orden social conservador, moderado o liberal, de la época.

No obstante lo anterior, a partir de los albores del siglo XX empezaron a emerger ciertas iniciativas en la marginalidad del sistema que apuntaban a otras expectativas, como ocurrió en el caso de escuelas racionalistas y los movimientos anarquistas. Asimismo, las prácticas sociales dieron origen, fuera de la escuela, a algunos cambios en la literatura, la moda y las costumbres que afectaron a la concepción de la mujer. De estos cambios derivaban innovaciones que suponían una aparente ruptura con el modelo imperante. Conviene advertir que, pese a lo señalado, las propuestas innovadoras procedían en gran parte de discursos suscritos por hombres, siendo muy pocas las iniciativas de mujeres “novadoras” en los inicios de la modernización del sistema.

LA MUJER CAZADORA

Una de las primeras novadoras sería justamente la autora del manual escolar en tres volúmenes, ya aludido en el capítulo 2, intitulado *Diana o la educación de una niña*, símbolo de la persona que recupera el fuego arcaico de la Diosa Blanca, referente del mito del matriarcado perdido que estudió el mitógrafo y poeta inglés Robert Graves. Su autora, Leonor Serrano, inspectora de enseñanza primaria en Barcelona, estuvo casada algunos años con José Xandri Pich, uno de los introductores en España de los “centros de interés” de Ovide Decroly.



La Escuela de los Placeres. Diálogos sobre las prácticas y los deleites del Amor y de Venus, obra traducida del francés Nicolás Churier, publicada dentro de la colección mensual “Clásicos Eróticos”. Era la versión de la sátira Luisa Sigea y se adscribía a la literatura didáctico-moralizante moderna, ordenada a promover cambios sociales.

NATURISMO

En el exterior al mundo de la educación, un ámbito siempre resistente a los cambios, empezaron a aparecer textos literarios que también comportaban un impulso pedagógico renovador. Haremos alusión, a título de ejemplo, a las publicaciones que promovieron una visión naturalista del cuerpo, tanto del hombre como de la mujer, anteriormente encorseado y oculto en los discursos y en las prácticas de vigilancia y control social de la Iglesia y de la escuela.

En el contexto de la misma corriente podía incluirse el libro de Havelock Ellis *El amor sáfico a través de los tiempos*, de la colección “Los credos libertadores”. Llevaba como subtítulo “Estudio crítico de eratoología femenina”, y se anunciaba como libro “al alcance de todas las inteligencias”, y por tanto de intención educadora. A este mismo grupo se adscribe *La vida sexual*, de Martín de Lucenay, que se insertaba en una serie



editorial de 60 títulos sobre el tema que trataba de divulgar una visión libertaria y moderna de la sexualidad humana.

Dentro de la misma tendencia en favor de la liberación del cuerpo estarían las publicaciones acerca del naturismo. Esta nueva corriente postulaba, según Lucenay, “volver por los fueros de la Naturaleza, deformada por la cultura y la moral”.¹

Frente al tabú, la moral natural. La Naturaleza era el compendio de las perfecciones humanas, concluía este sexólogo y “novator” en la pedagogía de lo social que debía reorientar las relaciones de hombres y mujeres.



Ejemplar del libro del sexólogo Martín de Lucenay relativo a la defensa del naturismo. *Los fueros del naturismo*, texto publicado en 1934, en pleno ciclo republicano, se insertaba dentro de una serie de más de 60 títulos acerca de la nueva educación sexual, el naturismo y la medicina natural.

PSEUDOFEMINISMO

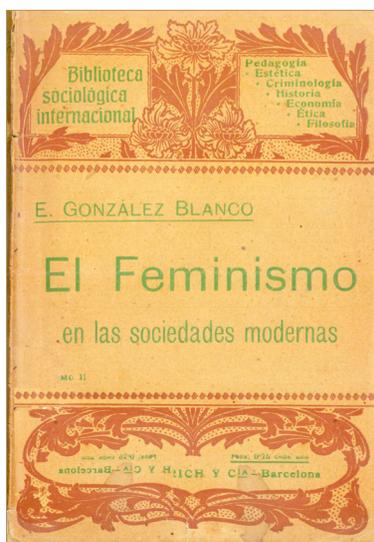
Por aquellos años aparecieron los primeros libros que incorporaban en portada el término “feminismo”. Edmundo González Blanco publicó en Henrich y Cía., en 1904, su obra en tres volúmenes *El Feminismo en las so-*

¹ Martín de Lucenay, *Los fueros del naturismo*, p. 8.



ciudades modernas, dentro de la Biblioteca Sociológica Internacional, que incluía a la vez textos sobre antropología, evolucionismo, criminología, cuestión social, movimiento obrero y otros temas de vanguardia.

Al tratar de la educación, el autor señalaba que a la mujer sólo se la ha formado para ser madre, en orden a la reproducción de la especie y de la evolución, una tesis nada moderna, que criticaba sin paliativos al feminismo naturalista. Este tratado pseudofeminista aún conserva resabios que aluden al hogar y la crítica a la idea-madre del radicalismo emergente, según la cual “las mujeres son más maltratadas por la civilización de lo que serían por la naturaleza”. La mujer, para este tratadista, poseía aptitudes emocionales adecuadas para instruir a la infancia, pero inferiores a las del varón en el plano racional, un discurso de la diferencia que excluía a las mujeres de ciertas funciones y reforzaba su adscripción al mundo doméstico.



¿Protofeminismo? ¿Pseudofeminismo?
Ejemplar de la obra de González Blanco, impresa en 1904
y titulada *El feminismo en las sociedades modernas*.

Parecido discurso arcaizante era el que subyacía en la novela de Jeanne de Coulomb, editada por Calleja en los mismos años, ¡con el título de *El Feminismo*...! En ella, el personaje Gislana manifestaba la redención de su ante-

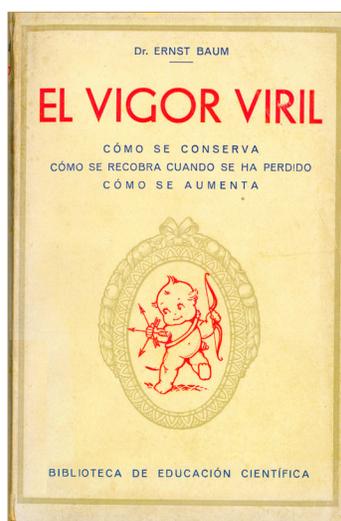


rior existencia, entregándose al “ensueño de la maternidad” con la sonrisa de su pequeña hija que le hacía pensar en los querubines de la gloria. La vida le anunciaba nuevos días de gran felicidad, como le indicó su hermana Magdalena. El relato abordaba cuestiones como el divorcio, el feminismo y la educación femenina en perspectiva cristiana, pero con un tono folletinesco de afectada moralidad que sin embargo pretendía ser moderna.

VIRGINIDAD Y VIGOR VIRIL

En el discurso androcéntrico de la época dominaban dos mitos: la virginidad de la mujer y la virilidad del hombre.

Vírgenes habían sido Minerva y Diana. Las vestales hacían votos de castidad, y todas las religiones habían santificado la virginidad. Por su parte, las leyes la habían protegido. Pero, puesto que la virginidad física no era de fácil comprobación, el doctor Vicente Suárez Casañ se inclinaba a buscar la virginidad del alma y la pureza de las costumbres que acompañaban al verdadero amor. Lo demás era vano e ilusorio.



Dos textos que simbolizan las atribuciones que la sociedad de aquel tiempo asignaba a cada sexo: la virginidad en la mujer y el vigor en el varón. Aunque distanciadas sus ediciones dos décadas, expresaban en su conjunto el discurso androcéntrico que subyacía en la literatura de la época acerca de las relaciones hombre-mujer. *La virginidad* por Vicente Suárez Casañ publicado en Barcelona y *El vigor viril* por Ernst Baum, Madrid, 1933.



Más necesario era asegurar el “vigor viril”, clave en la procreación y en la continuidad de la especie en el marco de la evolución. Esto era lo que a un buen positivista de aquel tiempo importaba en verdad. Cómo conservar este vigor era un capítulo que el doctor Ernst Baum consideraba imprescindible en la “educación científica” del moderno individuo, un discurso que, además de sexista, abocaba a ciertas formas de racismo, muy frecuentes en la época. En estas propuestas se apoyó el supremacismo ideológico de los sistemas totalitarios modernos.



Del marco del hogar a rosa de los vientos

La casa era el destino, el marco vital en el que habría de desenvolverse toda la vida de la mujer y a lo largo de todas las edades de su existencia. Nada podía esperar la niña fuera del estrecho recinto del hogar que la albergaría. Su vida se encuadraría entre los muros de la casa, un espacio que cobijaría sus tiempos. La casa era en parte un lugar con el tiempo dentro.

A veces incluso el mundo de la vida quedaba fuera, extramuros del hogar. En su infancia, la mujer pudo salir de la casa familiar en la que nació y creció para ir a la escuela, dirigirse a los espacios de juego que compartía con sus pares de edad, a veces incluso con los niños, y a pasear por algunos otros lugares cívicos o naturales. Pero en su juventud y madurez, etapa que podía comenzar al salir de la escuela, el espacio que esperaba a la mujer estaba bien delimitado, como el de los lados que enmarcaban la pizarra de la escuela que contemplaba a diario en el aula o visionaba con frecuencia en los libros de lectura que manejaba, semejantes al que se ofrece en imagen.

En esta pizarra, la maestra podía dibujar, junto a objetos comunes, otras cosas del mundo exterior y escribir nombres de realidades que no estarían nunca a su alcance. Sus escrituras, en blanco sobre negro y menos veces en colores, ponían nombre a los objetos y a los hechos y delimitaban un mundo concreto y simbólico. Ella había visto con frecuencia escribir nombres como madre, padre, familia, hijo, hija, hermano, hermana, abuelo, abuela, iglesia, sacerdote, pueblo, ciudad, calle, plaza, campo, río, montaña... La pizarra era el soporte del diccionario de la vieja escuela a la que asistió, la enciclopedia escrita que como dócil aprendiz tuvo que copiar la niña con frecuencia en sus cuadernos, aquellos papeles que luego guardaría en el desván o en el trastero de su propia casa, con los que probablemente se encontraría alguna vez, aun sin pretender buscarlos, para así recordar que su destino, el que se esta-

ba cumpliendo a lo largo de su vida, ya estaba marcado en las primeras experiencias escolares.

El horizonte del niño, en contraposición, era mucho más abierto que el de la niña, como sugiere la imagen de cubierta del texto con la rosa de los vientos, un iconograma que presenta varias direcciones alternativas en los estudios y en las profesiones adonde podía dirigirse el varón, condicionado por su origen y formación, eso sí, pero abierto en cualquier caso a las diversas opciones que el mundo exterior le pudiera ofrecer. No siempre estaba claro entonces, y tampoco ahora, para un adolescente responder al salir de la escuela a la pregunta que propone el diseñador del libro que tenía entre sus manos: ¿qué seré yo? Pero, aun así, el niño sí gozaba de ciertos grados de libertad para decidir sus ocupaciones en el camino de la vida.

Los mensajes se repiten. Otra dupla de imágenes nos va a confirmar que la iconosfera que envolvía la vida de la infancia era ya una representación de las expectativas de género que favorecía la cultura escolar tradicional y la sociedad en la que se enmarcaba. Ello ratifica cómo el patrón pedagógico de la escuela determinó el diferencial sexual a que abocaba en la infancia la familia y a la vez la misma sociedad.



Estas dos cubiertas de manuales escolares son los mejores iconos para representar los destinos y alternativas de ambos sexos en la sociedad tradicional. El de la mujer con horizonte predeterminado. El del varón con expectativas más abiertas. *Yo tendré un hogar* de Josefina Bolinaga, Madrid, 1941, y *¿Qué seré yo?*, de Enrique Casassas, Barcelona, 1942.



La patria de la niña es su propia casa (*Casa mía, Patria mía*), el territorio del hogar que le espera, enmarcado con flores, pero también cerrado. Mientras tanto, el niño puede construir barcos con los que poder navegar e incluso soñar mundos posibles e imposibles. Esto es lo que parece mostrar el varón a la niña que admira su posibilidad de surcar los mares, en la imaginación del viaje soñado o en la misma realidad. Mientras tanto, ella permanecerá anclada a su hogar esperando tal vez el regreso de su joven Ulises.



Portadas de manuales escolares para niñas. *¡Casa mía! ¡Patria mía!* de Guido Fabiani, Barcelona, 1926, y *El alma de la aldea* de Manuel Linares Rivas, Madrid, 1930.

Los diseñadores de las cubiertas de los manuales escolares nos hablan con imágenes que es preciso interpretar, porque en todas ellas subyace algún mensaje. Las cuatro cubiertas que aquí se muestran, sobre las que hemos tratado de ensayar una interpretación, son sin duda portadoras de los estereotipos dominantes acerca de los roles que podían desempeñar el hombre y la mujer en la sociedad tradicional.

En el mundo rural, la mujer puede ser por extensión de su territorio dueña del hogar y “alma de la aldea”, título de la comedia publicada en 1924, en la que personajes como Doloriñas, Constanza o Maricelsa se desenvuelven en la trama narrativa que describe escenas de la cotidianidad de la vida campesina gallega en que se desarrolla la obra comentada. Todo ello en el contexto de un incipiente regionalismo ligado a la tierra de esta comunidad en una parroquia imaginaria. Pero esta prolongación en el medio no era sino la reproducción en cada casa de los mismos condicio-

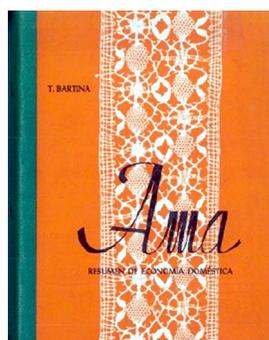


nantes que comportaba la lógica tradicional de la reclusión de Flora en el hogar y de su exclusión a la vez de otros bienes de la cultura.

Como compensación al confinamiento de la mujer en el marco de la casa familiar, los tratadistas de obras didácticas sobre la educación femenina atribuyeron la categoría de “ama” a la destinataria de sus textos. Este término, que parece transmitir el valor del empoderamiento, da nombre al conocido *Resumen de economía doméstica* de Teresa Bartina Marull, autora que perteneció a la saga de los Dalmáu.

Regir la casa —se lee en el prólogo a este libro— era “alto cometido” que requería un amplio bagaje de conocimientos y virtudes. Con la formación que transmitía el texto escolar *Ama*, la mujer podía alcanzar el deseado estatuto de “ángel del hogar”, la metáfora más sublimada con la que se pretendía honrar a la “preciosa mitad del género humano” que se encaminaba hacia la vida familiar.

Este libro, que bendecía con su *imprimatur* el obispo de Gerona en la ya avanzada fecha de 1960, en los umbrales de cambio de ciclo a una visión más moderna de la formación de la mujer, sintetizaba el juego de inclusiones/exclusiones que definía las relaciones de género en la sociedad tradicional.



Portadas de manuales escolares de la segunda mitad del siglo XX. *Enciclopedia escolar. Grado preparatorio* de la Editorial Luis Vives, Zaragoza, 1952, y *Ama. Resumen de economía doméstica* de Teresa Bartina, editorial Dalmaú, Madrid-Gerona, 1960.



El retorno de la Diosa Blanca

Por las noches, siguiendo los cronos que rigen en el universo, la Diosa Blanca se anuncia. Milenios de educación androcéntrica no han hecho olvidar que los orígenes de nuestra civilización estuvieron marcados por las primeras formas matriarcales de sociabilidad humana, que se fraguaron bajo la luz protectora de la Luna, la Diosa Suprema.

Así fue, como sugiere la obra del mitógrafo y poeta inglés Robert Graves, *La Diosa Blanca* —una de las obras más importantes del siglo XX, como señala Grevel Lindop en la presentación—, hasta que la racionalidad occidental transfirió los poderes al Sol, y el varón se apropió de ellos, dando origen a nuevos mitos y rituales en los que sustentar el patriarcado que hoy impera en muchas sociedades. Para los intérpretes de este cambio, de gran calado antropológico, las culturas inspiradas en la divinidad del Sol habrían dado origen a buena parte de las desgracias que aquejan al mundo moderno, mientras nos invitan a la vez a recordar el matriarcado como un modo de existencia más saludable y feliz.

Advertía Robert Graves en los años sesenta del siglo último, fecha en la que se cierra también este libro, que cambios culturales emergentes entonces, como las nuevas religiones, las psicoterapias modernas, las nuevas libertades y otras corrientes como el profeminismo, podían ser indicios que anunciaban el “Retorno de la Diosa Blanca”, título de un nuevo capítulo que el autor introdujo en el texto *princeps* y que se abrió a un giro de alcance civilizatorio. El capítulo que nosotros hemos incluido con el título de ¿novadoras? se genera en esta inquietud, aunque las formas que las innovaciones adoptan en la cultura escolar sean más bien de orientación pseudomoderna o conservadora, no obstante lo cual el giro lingüístico que sugieren algunos de sus enunciados sí abren un nuevo debate entre las palabras y los hechos, en el contexto de la emergencia de

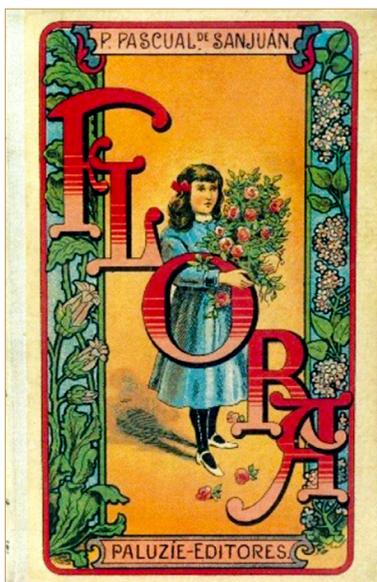
unas nuevas relaciones de género que apunten hacia la inclusividad y la igualdad, los postulados de cambio más actuales.

La invocación a la Musa Blanca, en este complejo palimpsesto que mezcla intencionadamente poesía y antropología, aconseja a tomarse más en serio los mitos y los rituales que los acompañan. No en vano, Ortega ya aconsejaba en su obra *Biología y pedagogía* que, en educación, debía seguirse siempre el imperativo cultural “primero mitos, después hechos”. La Luna no es sólo el apagado satélite de la Tierra —escribe Graves— ni la mujer es sólo un instrumento auxiliar del Estado. Así podría siempre argüir el poeta en su irrenunciable búsqueda de la verdad.

La historia de la mujer y de su educación han participado siempre de referentes mitológicos. Flora fue en la Antigüedad la diosa de los jardines. Toda niña debía saber que, antes que Dios fuera venerado, los pueblos reconocían como seres superiores a las musas. Apolo estaba rodeado de nueve musas, que protegían e inspiraban a hombres y mujeres: Polimnia era la musa de la Poesía; Urania, de la Astronomía; Euterpe, de la Música; Clío, de la Historia; Erato, de la Elegía; Calíope, de la Elocuencia; Melpómene, de la Tragedia; Terpsícore, de la Danza; Talía, de la Comedia. Cada una se representa en la ilustración con sus propios atributos, simbolizando las disciplinas que habían de coronar la educación de toda mujer verdaderamente sabia. *Flora o la educación de una niña*, el libro escolar de Pilar Pascual de Sanjuán que ha dado nombre a este ensayo, incluía a toda página los iconos de estas musas y los integraba en el mismo relato pedagógico del texto.

Cuando don Quijote —nos recuerda el autor de *La Diosa Blanca*— no pudo ponerse de acuerdo con su mundo, el mundo moderno, se acercó a la poesía. La obstinada persistencia de este género literario en la sociedad del tiempo medio secular del XX en que publicó su obra podría ser una prueba del interés por el mito y el misterio en aquel contexto en el que despegaba con fuerza una nueva fase del industrialismo. “La prosa —advertía Graves— me sirvió para ganarme la vida. Mas la poesía me acercó a la magia de poder interpretar los mitos, a los que ninguna civilización ha de renunciar”.





Flora, diosa de las flores y los jardines, simbolizaba en la mitología clásica el eterno renacer de la primavera, una divinidad que ha regalado a la humanidad las semillas de las diferentes especies vegetales que nos alimentan y adornan. Las mujeres griegas, así como las sabinas y las romanas, celebraban fiestas en su honor que comenzaban en el mes de abril y se prolongaban durante el mes de mayo, el tiempo propicio para los juegos florales. Al contemplar el cuadro de Botticelli o al escuchar la sinfonía el "Despertar de la primavera" todos hemos recordado la imagen de Flora en sus diversos registros estéticos y emocionales.

Flora o la educación de una niña de Pilar Pascual de Sanjuán, editada por Paluzie, Barcelona, 1888, cubierta y p. 231.



A MANERA DE CIERRE



El análisis aquí mostrado de 27 libros de texto mexicanos y más de 50 españoles correspondientes a un periodo que va desde la mitad del siglo XIX a un poco más de la del XX, ratifica las conclusiones de investigaciones realizadas en distintos países que afirman que los estereotipos de género no sólo son reproducidos, sino también enseñados en forma consciente y a través del currículo escolar.

Los libros utilizados en las escuelas conforman una importante, y a veces única, fuente de conocimiento, son el mediador material entre el currículum y los alumnos, y gran parte de la práctica docente gira alrededor de ellos.¹ Sin embargo, encontramos que la presencia de las niñas y mujeres, tanto en los textos como en las imágenes, es significativamente menor que la de los hombres; y las formas de representación de ambos se ajustan a los cánones establecidos por la sociedad de la época que se corresponden con los valores y espacios masculinos, y por tanto, promueven de manera subjetiva, una visión de género tradicional, estereotipada, que fomenta o tolera la inequidad, la discriminación y la violencia.²

Es importante señalar que lo anterior es una constante compartida tanto en los libros mexicanos como en los españoles, por lo que no podemos decir que se trate exclusivamente de una tendencia producto del “machismo mexicano” del que siempre se habla, sino más bien, producto de la visión androcéntrica que prevalecía y, desafortunadamente, sigue prevaleciendo en el mundo. En otras palabras, se trata de un fenómeno transcultural.

Por otra parte, pudiera pensarse injusto juzgar con categorías de análisis actuales los libros de texto “antiguos”, los cuales en su momento

¹ N. Blanco, “Mujeres y hombres para el siglo XXI: El sexismo en los libros de texto”, y A. Michel, “Fuera moldes. Hacia la superación del sexismo en los libros infantiles y Escolares”.

² Alma Vásquez, “Estereotipos de género en los libros de texto gratuitos”, *Revista Electrónica Científica de Investigación Educativa*, pp. 877-879.

resultaban ser de lo más avanzado o novedoso. El único afán de este ensayo es mostrar la larga prevalencia de esta problemática en nuestras escuelas para que, por un lado, quizá sirva para entender el grado de arraigo y profundidad que tiene en nuestras sociedades y que no ha permitido, pese al cambio generacional, que se logren avances radicales; y por otro, reconocer e impulsar los esfuerzos encaminados a crear políticas educativas inclusivas y currículos y libros de texto atentos a las cuestiones de género.

Sea pues este trabajo la invitación o provocación a continuar realizando investigaciones al respecto, tanto históricas como actuales, a fin de que los libros de texto de esta tercera década del siglo XXI, y a 100 años de la creación de la Secretaría de Educación Pública en México, logren la equidad y la transformación en los géneros que reclaman los tiempos actuales.



FUENTES CONSULTADAS



MÉXICO

- ATKINSON, Florencia, *Economía e higiene doméstica*, Nueva York, D. Appleton y compañía, 1905.
- BAZANT, Mílada, *Laura Méndez de Cuenca Su herencia cultural. III Educación, feminismo y crónicas de viaje*, México, Siglo XXI Editores/SEIEM/ CMQ, 2011.
- BLANCO, N., "Mujeres y hombres para el siglo XXI: El sexismo en los libros de texto", en M. Á. Santos Guerra, *El harén pedagógico. Perspectiva de género en la organización escolar*, Barcelona, 2006.
- BRUÑO, G., Frascuelo, *Libro de lectura corriente. Nociones de moral, economía, derecho, agricultura, higiene y otras ciencias usuales*. Traducida y arreglada por Jenaro García y Ezequiel A. Chávez para uso de las Escuelas de instrucción primaria elemental de México. México, D. F., Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1921.
- BURGUERA, Jordi, "Los libros de historia del bachillerato en Cataluña: análisis de los contenidos" en Íber: *Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, núm. 33, Barcelona, España, 2002.
- CADENA, Longinos, *Elementos de Historia general y de Historia patria para 2º año de Instrucción Primaria Superior*, México, D. F., Herrero Sucesores, 1941.
- CAMPILLO, Héctor, *Historia de América. Quinto año*, México, D. F., Fernández Editores, 1953.
- CARRANZA, F. J., *Enciclopedia Escolar Mexicana. Tercer año de Primaria*, México, D. F., Editorial Avante, 1956.
- CARREÑO, Manuel Antonio, *Compendio del Manual de urbanidad y buenas maneras*, París, Garnier Hermanos, s. f.
- CORREA ZAPATA, Dolores, *La mujer en el hogar. Nociones de economía doméstica. Libro primero*, México D. F, Imprenta de Eduardo Dublán, 1898.
- DE LA PEÑA Y REYES, Antonio, *Antología moral. Ejemplos mexicanos de virtudes, con notas históricas y biográficas*, México D. F, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1920.

- GAMIZ, Abel, *Nuevo jardín de los niños. Libro tercero*, México D. F, Ediciones Águilas, 1950.
- GONZÁLEZ, Ciro, y GUEVARA, Luis, *Un viaje a través de la historia 6° año primaria*, México, D. F., Librería Herrero Editorial, 1955.
- , *Un viaje al pasado de México 1ª. Parte 3° Primaria*, México D. F, Editorial Herrero, 1961.
- GUARDIOLA, Antonio, *Hernán Cortés*, Bilbao España, Editorial CIES, s. f.
- LÓPEZ Y FUENTES, Gregorio, *Cartas de niños. El campo y la ciudad*, México D. F, Ediciones Botas, 1947.
- LÓPEZ DE HEREDIA, Miguel, *Juventud. Lecturas escogidas para alumnos de primarias superiores y especiales*, México, D. F., Herrero Hermanos, 1944.
- MARÍA ENRIQUETA, *Rosas de la infancia. Lecturas para niños. Libro tercero*, México, D. F., Editorial Patria, 1942.
- MARÍN G, Francisco, *Lecturas progresivas, cultura estética. Libro tercero para uso de los niños que cursan en el quinto año escolar*, México, D. F., Compañía Nacional Editora “Águilas”, S. A., 1921.
- MARTÍNEZ PALAFOX, Luis, *La historia de mi patria. Tercero Primaria*, México, D. F., Herrero Hnos., 1957.
- MARTÍNEZ, C. R., *Primeras lecciones de Historia Patria. Tercer año*, México, D. F., Editorial Enseñanza, 1966.
- , *Primeras lecciones de Historia Patria 4° año*, México, D. F., Editorial Enseñanza, 1966.
- MÉNDEZ DE CUENCA, Laura, *El hogar mexicano. Nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de instrucción primaria. Primera y Segunda parte*, México, D. F., Herrero Hermanos, sucesores, 1907 y 1914.
- MICHEL, A., “Fuera moldes. Hacia la superación del sexismo en los libros infantiles y escolares”, en O. L. Bustos Romero, *Construyendo la equidad de género en la escuela primaria*, México, D. F., SEP, 1987.
- MONROY PADILLA, Salvador, *Historia de América. Quinto grado*, México, D. F., Publicaciones Monroy Padilla, s. f.
- MORALES, Francisco César, *Alma latina. Libro primero de lectura*, México, D. F., Ediciones Águilas, 1941.
- , *Alma Latina Libro tercero de lectura*, México, D. F., Ediciones Águilas, 1942.
- OSCOY MURILLO, Manuel, *El niño mexicano. Método moderno de lectura dividido en cuatro partes progresivas. Libro segundo*, México, D. F., Herrero Hermanos Editores, 1904.



- PEÑA Y REYES, Antonio de la, *Antología moral. Ejemplos mexicanos de virtudes, con notas históricas y biográficas*, México, D. F., Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1920.
- PÉREZ Y SOTO, Atenógenes, *Lecturas clásicas y modernas. Enseñanza secundaria 1° y 2° años*, México, D. F., Sociedad de edición y librería Franco-americana, 1940.
- RODRÍGUEZ, Carlos, *Breviario de historia de México. Cuarto año*, México, D. F., Editorial El material didáctico, 1954.
- RODRÍGUEZ, Delfina, *La perla de la casa. Libro tercero de lectura para las niñas que cursan el 4° año de instrucción primaria elemental*, México, D. F., Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1906.
- ROMERO, Ana María, *SUBE. Libro 2° de lectura*, México, D. F., Editorial Botas, 1948.
- ROSS, María Luisa, *Lecturas selectas*, México, D. F., Imprenta francesa, 1919.
- SANT, Edda, y PAGÉS, Joan, “¿Por qué las mujeres son invisibles en la enseñanza de la historia?”, en *Revista Historia y Memoria* núm. 3, año 2011, España, 2011.
- VÁSQUEZ, Alma, “Estereotipos de género en los libros de texto gratuitos” en *RECIE Revista Electrónica Científica de Investigación Educativa*, vol. 3, núm. 2, enero-diciembre, México 2017.
- VIDAS EJEMPLARES. *Revista Infantil y Juvenil. Sor María de Jesús. El lirio de Puebla*, Editorial Novaro, año XV, núm. 275 agosto, Estado de México, México, 1968.
- ZAMORA OROZCO, Valentín, *Verde y Azul. Libro de lectura 2° año*, México, D. F., Imprenta Gráfica Horizonte, 1959.
- , *Cielo, tierra y mar. Libro de lectura para 6° año*, México, D. F., La Impresora Azteca, 1960

ESPAÑA

- AYUNTAMIENTO DE BARCELONA, *Colonias escolares, Barcelona, ca.*, 1920.
- BALDÓ, Marta, *El libro del hogar*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1933.
- BARTINA, Teresa, *Ama. Resumen de economía doméstica*, Gerona-Madrid, Dalmáu Carles Pla, 1960.
- BAUM, Ernst, *El vigor viril*, Madrid, Biblioteca de Educación Científica, 1933.
- BIBLIOTECA DE CLÁSICOS ESCOLARES, *Santa Teresa de Jesús*, Barcelona, Tipografía La Educación, 1934.



- BOLINAGA, Josefina, *Yo tendré un hogar. Economía, arte, higiene, felicidad*, Madrid, Librería Victoriano Suárez, 1943.
- CARBONELL, Mercedes, *Tratado completo de corte y confección por el sistema decimal*, Barcelona, Tipografía Casanovas, 1903.
- CASASSAS, Enrique, *¿Qué seré yo? El libro de las profesiones*, Barcelona, Editorial Olimpo, 1942.
- CALVO VILLAR, María del Carmen, *Más de cien años de historia de las escuelas de Soria, 1812-1936*, Soria, Gráficas Ochoa, 2002.
- CODINA, José, *El pensil de las niñas o principios de urbanidad y decoro propios del bello sexo*, Manresa, Imprenta de Ignacio Abadal, s. a. (ca. 1860).
- EDELVIVES (ed.), *Cartilla moderna de urbanidad. Niñas*, Zaragoza, Editorial Luis Vives, 1948.
- , *Enciclopedia escolar. Grado preparatorio*, Zaragoza, Editorial Luis Vives, 1952.
- ESCOLANO BENITO, Agustín, *El pensil de las niñas*, Madrid, Editorial Edaf, 2001.
- , *Emociones & Educación. La construcción histórica de la educación emocional*, Madrid-Berlanga de Duero, Visión Libros- Ceince, 2018.
- FERNÁNDEZ ASCARZA, Victoriano, *Higiene y economía. La niña instruida*, Madrid, Magisterio Español, 1939.
- FERNÁNDEZ BOLINAGA, Julia, *Mari Sol, maestra rural*, Madrid, Magisterio Español, 1944.
- FOIX, Helenia, *Cuando las grandes santas eran niñas*, Barcelona, Editorial Cervantes, 1956.
- FORNARI, Pasquale, *La buena Juanita*, Madrid, Saturnino Calleja, s. a. (ca. 1885).
- FORTÚN, Elena, *Celia en el mundo*, Madrid, Aguilar, 1938.
- GIL (ed.), *El cuerpo humano*, Barcelona, Juan Gil, 1920.
- GONZÁLEZ ALONSO, Diego, *La educación práctica de todas las clases y de ambos sexos*, Madrid, Imprenta Boix, 1840.
- GONZÁLEZ BLANCO, Edmundo, *El feminismo en las sociedades modernas*, Barcelona, Henrich y Cía., 1904.
- GRAVES, Robert, *La Diosa Blanca. Una gramática histórica del mito poético*, Madrid, Aliana Editorial, 2014.
- ITURZAETA, José Fermín, *Arte de escribir letra bastarda española*, Madrid, Imprenta Sanz, 1827.
- LUCENAY, Martín de, *Los fueros del naturismo*, Madrid, Fénix, 1934.
- MONLAU, Pedro Felipe, *Elementos de Higiene privada*, Barcelona, P. Riera, 1846.
- MUNTANER Y SIMÓN (ed.), *La educación de la mujer. Colección de litografías*, Barcelona, Litos Andaluces, s. a.



- ORTEGO FRÍAS, Teógenes, *Principios. Dibujo. Escritura. Lectura*, Soria, Artes Gráficas Gonzalo, 1964.
- OSSORIO Y GALLARDO, María Atocha, *Las hijas bien educadas*, Barcelona, Sociedad General de Publicaciones, s. a. (ca. 1910).
- PARRAVICINI, Luigi A., *Juanito*, Barcelona, Paluzié, 1887, nueva edición.
- QUIJANO, Graciano, *Mujeres hispánicas*, Madrid, Ediciones y Publicaciones Españolas, 1945.
- PALUZÍE, Faustino, *Guía de la mujer*, Barcelona, Paluzíe, 1913.
- PASCUAL DE SANJUÁN, Pilar, *Flora o la educación de una niña*, Madrid, Faustino Paluzíe, 1888.
- , *Escenas de familia*, Barcelona, Faustino Paluzíe, 1895.
- PELLÓN Y LÓPEZ, J. E., *Historia sagrada*, Soria, Imprenta Fermín Jodra, 1907.
- PIMENTA, Heloisa, *A higienizaçáo das costumes*, Campinas, Mercado de Letras, 2006.
- SALVÁ, Anselmo, *El ideal de una niña*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, s. a. (ca. 1915).
- SANTA MARINA, Luys, *Isabel la Católica*, Barcelona, Seix y Barral, 1941.
- SERRANO, Leonor, *Diana o la educación de una niña*, Barcelona, Imprenta Elzeviriana y Camí, 1933-1935, 3 vols.
- SEVERO, Catalina, *La mujer*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello, 1858.
- SUÁREZ CASAÑ, Vicente, *La virginidad*, Barcelona, Maucci, s. a.
- TEJERO, Eugenio, *Conferencias pedagógicas*, Soria, Imprenta Fermín Jodra, 1905.
- ROBLES, Juan de, *Arte de enseñar a leer y escribir*, Berlanga, Imprenta Fernández de Córdoba, ca. 1565.
- ROCA, Joaquín, *El mentor de las niñas*, Manresa, 1862.
- YEBES, Carlos, *Mentor de las niñas*, Madrid, Sucesores de Hernando, s./f.



Elda Lucila Campos Alba y Agustín Escolano Benito

**FLORA O LA EDUCACIÓN DE
UNA NIÑA EN MÉXICO Y ESPAÑA**

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.

Se terminó en la Ciudad de México
en julio de 2022.



Flora o la educación de una niña en México y España es un ensayo verbo-icónico a dos voces que indaga y promueve una representación de lo que ha sido la formación de la mujer en la sociedad tradicional, una imagen basada en la diferenciación y la exclusión, categorías y valores que dominaron la educación de la “preciosa mitad del género humano” en el siglo XIX y la primera mitad del XX.

Con imágenes y microtextos, este libro promueve una lectura compartida de las fuentes en que se ha plasmado la formación de la mujer en el pasado, tratando de contribuir así a la educación histórica y crítica de la ciudadanía de ambos sexos y de varias generaciones, en la perspectiva de poder contrastar las experiencias del pasado con las expectativas de inclusión que postulan las nuevas relaciones de género.

